

22

**preguntas
y respuestas
desde la fe**

de la edición en portugués: Editora Sinodal
Rua Amadeo Rossi, 467
Caixa Postal 11
93001-970 Sao Leopoldo/RS
Brasil
Tel: (51) 590-2366
Fax: (51) 590-2664
Home-page: www.editorasinodal.com.br

de la edición en español: Consejo Latinoamericano de Iglesias
Inglaterra N32-113 y Mariana de Jesús
Casilla 17-08-8522
Quito, Ecuador
Tel: (5932) 255 3996/252 9933
Fax: (5932) 256 8373
E-mail: manuel@clai.org.ec
Home-page: www.clai.org.ec

Editor: Manuel Quintero
Traducción de: Alfonso Montúfar
Revisión de texto: Raymond Araujo
Diseño de portada: Iván Balarezo
Diagramación y coordinación editorial: Amparo Salazar Chacón
Quito, enero del 2003

Prohibida toda reproducción parcial o completa sin autorización del autor
Impreso en Ecuador, 500 ejemplares

22 Preguntas y respuestas desde la fe

Como laica y miembro de comunidades siento, en ocasiones, la necesidad de respuestas a algunas preguntas relacionadas con mi fe.

En cuanto vivimos en comunidad, muchas veces enfrentamos asuntos que son poco analizados en la Iglesia. Tal vez no tengamos la debida decisión para descifrarlos, para preguntar, para procurar respuestas.

Este libro, *22 preguntas y respuestas desde la fe*, viene a nuestro encuentro para responder, con mayor comprensión, algunas dudas que surgen en nuestro día a día

¿Qué hay después de la muerte? ¿El alma es inmortal? ¿Existe Dios? ¿Podemos comunicarnos con los muertos? ¿Ocurren las curas milagrosas? ¿Es el dolor un castigo divino? ¿Va a volver Jesús? ¿Puede una persona ser poseída por el demonio? Estas son algunas de las preguntas que constan en este libro. En cada época, necesitamos de respuestas a preguntas que están dentro de nosotros, o que nos son hechas por otras personas.

Personas de las más diversas áreas teológicas abordan estos asuntos con claridad, sabiduría y fundamentación bíblica, capacitándonos, a través de la lectura, hacia un camino de fe más firme.

Estas reflexiones humanas y espirituales fortalecen nuestra actuación en la comunidad, dándonos así un compromiso más pleno con la vida, en el amor incondicional de Dios.

Vera Roth

Presentacion a la edición en portugués

¿Qué hay después de la muerte? ¿El alma es inmortal? ¿Existe Dios? ¿Podemos comunicarnos con los muertos? Estas son algunas de las muchas preguntas que preocupan a la gente. Todo aquello que no tiene una respuesta clara y simple aumenta la ansiedad y la búsqueda de orientación. Convivir con las dudas forma parte de la vivencia cristiana, pero en algún momento se vuelve necesaria una palabra que nos devuelva la esperanza y la firmeza en la vida. En este proceso de búsqueda de respuestas, muchas cuestiones quedan pendientes.

Procurando ir al encuentro de sus lectores, la *Editora Sinodal* reunió en este libro algunas de las preguntas que frecuentemente aparecen en la vida comunitaria y en las conversaciones entre las personas. Se seleccionaron 22 preguntas, las que más preocupan en el momento actual.

Invitamos a teólogas y teólogos para la elaboración de las respuestas, basándose en la Biblia, tomando en cuenta que toda reflexión sobre asuntos de fe, necesita tener como punto de partida el testimonio bíblico. Las respuestas son breves y sucintas, en un lenguaje simple y accesible, pues queremos ofrecer, con este libro, ayuda y orientación para que la vida de fe de las personas pueda encontrar respuestas edificantes y orientadoras. Agradecemos a los teólogos y teólogas que con sus reflexiones y testimonios, hicieron realidad este proyecto.

Es nuestro deseo que la lectura de este libro sea una bendición para usted, y que las respuestas puedan ayudarle, lector o lectora, a encontrar orientación y estímulo para continuar meditando sobre la vida, a la luz de la fe cristiana, y para que su testimonio sea rico en manifestaciones de amor.

Editora Sinodal

Nota a la edición en español

De Brasil, gigante verde y mineral que abarca una porción tan grande de nuestro continente y a quien nos unen inexorablemente la historia y el destino, estamos separados más que por una Amazonía angustiada por la compleja barrera del idioma. Esa es la razón fundamental que nos motivó, ya en el 2001, a iniciar un programa de colaboración con la Editora Sinodal para la producción de títulos del CLAI en idioma portugués. Se trata de una deuda de larga data con nuestras iglesias y organismos miembros en Brasil, a los que consciente o inconscientemente hemos impuesto la hegemonía del español.

En virtud de ese acuerdo, la Editora Sinodal produjo en el año 2002 los primeros tres títulos en portugués: *De la Reforma Protestante a la Pentecostalidad de la Iglesia*, *Caminos de Unidad* y *Jesús, ¡ese exagerado!* Respondemos así a lo que nuestros hermanos y hermanas brasileñas han reclamado con insistencia: ¡publicaciones del CLAI en la lengua de Gonçalves de Magalhaes y Jorge Amado!

Pero a la vez hemos reconocido la importancia de que algunos títulos de Sinodal sean conocidos y accesibles para nuestros lectores y lectores del resto de América Latina, tanto por la riqueza de sus contenidos como por lo que ello significa para allanar el camino hacia un mayor reconocimiento de nuestras respectivas culturas, y para compartir las maneras en que cristianos y cristianas piensan y viven su fe de un extremo a otro del continente.

Nos complace iniciar esta serie con *22 Preguntas y Respuestas desde la Fe*, que le recomendamos sin reservas. Porque es uno de esos títulos indispensables para quienes sentimos la necesidad de reflexionar acerca de las convicciones fundamentales y profundas que estructuran nuestra fe y las grandes cuestiones que inquietan al espíritu humano.

El Editor

Índice

¿Qué viene después de la muerte?	1
<i>Ento R. Mueller</i>	
¿Es inmortal el alma?	4
<i>Nélio Schneider</i>	
¿Existe la comunicación con los muertos?	7
<i>Nélio Schneider</i>	
¿Es posible adivinar el futuro?	10
<i>Ingo Wulfhorst</i>	
¿Por qué sufrir?	14
<i>Wilfrid Buchweitz</i>	
¿Es el dolor un castigo de Dios?	17
<i>Osmar L. Witt</i>	
¿Ocurren las curas miragrosas?	20
<i>Lothar C. Hoch</i>	
¿Existe Dios?	23
<i>Anelise L. Abentroth</i>	
¿Quién es Jesús de Nazaret?	26
<i>Gottfried Brakemeier</i>	
¿Va a volver Jesús?	29
<i>Verner Hoefelmann</i>	
¿Quiénes son los profetas?	32
<i>Nelson Kilpp</i>	
¿Salvan los mandamientos?	35
<i>Ricardo W. Rieth</i>	

¿Qué es el cielo? ¿Qué es el infierno?	39
<i>Ivoni R. Reimer</i>	
¿Existen los ángeles?	46
<i>Martín N. Dreher</i>	
¿Qué es el pecado?	49
<i>Harald Malschitzky</i>	
¿Puede una persona ser poseída por el demonio?	52
<i>Nélio Schneider</i>	
¿Quién es santo, quién es santa?	55
<i>Wanda Deifelt</i>	
¿Qué es el ecumenismo?	59
<i>Gottfried Brakemeier</i>	
¿Cómo será la espiritualidad en nuestro siglo?	62
<i>Roberto E. Zwetsch</i>	
¿Para quee sirve la oración?	67
<i>Sisi Blind</i>	
¿Cómo entender los símbolos del Apocalipsis?	70
<i>Verner Hoelfelmann</i>	
¿Se va a acabar el mundo?	73
<i>Oneide Bobsin</i>	
Autores y autoras	77

¿Qué viene después de la muerte?

Ento R. Mueller

Nos encontramos ante la pregunta más difícil de la vida humana. Durante siglos, milenios, las personas han intentado responderla de todas las maneras posibles. La respuesta siempre tiende a relacionarse con la predisposición con que se entiendan otras cuestiones importantes, tales como la idea que se tiene del ser humano, de la existencia o no de un Dios, o de qué es la existencia en el mundo.

Las respuestas cristianas, lógicamente, van siempre a suponer que existe una realidad más allá de nuestra realidad diaria. No podemos verla. Muchos piensan que pueden sentir algo de ella. Pero al final del día, su existencia depende de poder confiar en una palabra que ha sido transmitida dentro del cristianismo desde el comienzo, y que se presenta como palabra recibida del propio Dios que lo creó todo y que llena también esa realidad, más allá de la nuestra.

Aquellos y aquellas de entre nosotros que ya experimentaron la muerte de una persona querida, saben bien cuál es nuestra capacidad de comprensión sobre la muerte. Viéndolo desde nuestro lado de acá, estamos ante el mayor enigma de nuestra existencia. Y, en última instancia, sólo nos quedan preguntas. Podemos incluso examinar, una por una, las respuestas dadas a lo largo de los siglos, pero todas terminan allí donde llegamos a los propios límites de nuestra vida en este mundo.

Las respuestas cristianas quedan normalmente entre dos extremos. La primera supone que el ser humano está sujeto de alguna forma a ser dividido en una parte física y otra no física, sea por la propia constitución o por una acción externa. Para quienes suponen esto, lo que acontece en la muerte es que la parte física, el cuerpo, muere y se deteriora; en cuanto a la parte no física, el alma o espíritu, ésta sobrevive y va directamente junto a Dios.

En el lado opuesto tenemos la respuesta de que el ser humano es un todo indivisible y que, cuando muere, muere ese todo. Queda entonces aguardando la resurrección, cuando Dios hará de él o de ella una criatura completamente nueva, venciendo el poder de la muerte.

Ambas respuestas tienen fundamentación bíblica. Tal vez el mayor problema para nosotros es que no conseguimos dejar de pensar en una vida limitada por el espacio y por el tiempo. Simplemente no conseguimos pensar que alguna cosa pueda existir sin ocupar lugar en nuestro espacio y sin estar sujeta al paso del tiempo. Sin embargo, la realidad más allá de la nuestra parece también estar realmente más allá de esas limitaciones.

El resultado es que siempre tenemos dos ángulos posibles de visión sobre el pasaje de una realidad a otra. Por ejemplo, desde nuestros límites no conseguimos pensar en la resurrección, a no ser situándola en nuestro espacio y en el decursar de nuestro tiempo. Pero la realidad de Dios será justamente la superación de esos límites.

Cualquier reflexión sobre lo que viene después de la muerte debe contar siempre con esa superación de nuestros límites más básicos. El problema es que esa superación queda fuera de los límites de nuestro pensamiento. Nuestro pensamiento no consigue superarse a sí mismo. Por tanto, en último análisis, todo es una cuestión de fe.

Todo lo que tenemos es una palabra que se presenta como la Palabra de Dios, de un Dios que creó el conjunto de la realidad y que, desde el “lado de allá”, nos llama a creer en esa Palabra. Naturalmente, no se trata de una fe “ciega”. El Evange-

lio cristiano es la narración de cómo el Dios “del lado de allá” vino a estar con nosotros, en Jesucristo, “del lado de acá”, y de cómo la muerte y la resurrección de Jesús representan la superación de los límites de la vida y de la muerte humanas.

No obstante, también esa narración sobre Jesús podemos recibirla sólo mediante la fe. Quedamos así entre la fe en esa presencia de Dios en el pasado en Jesús, presencia que continúa en la fe en el Espíritu Santo en el presente, y la fe en que ese mismo Dios está presente y nos aguarda en nuestro futuro, “del lado de allá”. Nuestro pensamiento continuará intentando comprender todo eso, pero siempre llegará al punto en que se encontrará ante sus límites.

¿Qué viene después de la muerte? No lo sabemos. Sin embargo, aunque no podemos decir “lo que viene”, por la fe podemos hablar de “quien” viene: nuestro Dios, que viene a nuestro encuentro con sus brazos abiertos. Aunque la muerte sea la muerte “total” del ser humano, la muerte no puede matar aquello que somos en el corazón de nuestro Dios: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 8.38).

La promesa en la que podemos afianzarnos es que el mismo Dios, que nos creó y nos recreó en Jesucristo, también nos recreará en la resurrección, más allá de la muerte. Y que desde la perspectiva de nuestros seres queridos que pasaron al otro lado, esa nueva creación de Dios ya no está sujeta a los límites de espacio y de tiempo. Por eso los momentos de experiencia de amor que ya pudimos sentir “acá”, serán ahora experiencia permanente de ese amor. Amor de este Dios que aquí sólo podemos conocer muy parcialmente, pero a quien en el “lado de allá” conoceremos tan bien como Él siempre nos ha conocido (1 Corintios 13.12). Es por eso que la tradición cristiana puede declarar: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor” (Apocalipsis 14.13).

¿Es inmortal el alma?

Nélio Schneider

En todas partes se asegura que la persona está hecha de cuerpo y alma, y que el cuerpo muere, pero el alma no. ¿Qué sucede cuando alguien muere? Nos imaginamos que su cuerpo va para la tierra y el alma para el purgatorio, el cielo o el infierno, según la confesión religiosa de que se trate. Muchos también imaginan que el alma se desprende del cuerpo muerto y queda vagando por el mundo, a la espera de una oportunidad para entrar en un nuevo cuerpo. Se trata de la idea de la reencarnación, muy divulgada por novelas de televisión, como “A viagem” y “Ango de mim”, y películas como “Ghost – El otro lado de la vida”.

La moda más novedosa en esta área es la TVP (Terapia de Vidas Pasadas), que es considerada por muchas personas como una “prueba de la inmortalidad del alma y de la existencia de la reencarnación”¹. Pero, ¿existe, en verdad, un alma que puede separarse del cuerpo y que nunca muere?

La Biblia también habla mucho del cuerpo y del alma. Veamos, por ejemplo, los siguientes pasajes: Mateo 6, 25; 22, 37; Romanos 8, 11; Salmo 103, 1; 121, 7 (y otros muchos). Pero hay una diferencia entre la forma cómo la Biblia habla del cuerpo y del alma, y la forma en que nosotros usamos esas mismas palabras.

Para apreciar esa diferencia, necesitamos considerar los siguientes aspectos: ¿Qué significa la expresión “polvo eres y al

¹ Véase la revista *Isto É*, No. 1.435, de 2/4/97, p. 114.

polvo volverás” (Génesis 3, 19), muy empleada en las ceremonias de entierros de las personas? Según las Escrituras, Jesús murió y fue enterrado (Véase Marcos 15, 33-37; 42-47). ¿Cómo fue la muerte de Jesús? ¿Alguna parte de Él quedó viva? *La gran novedad es que Jesús resucitó.* Ahora, ¿qué pensar de la idea de los discípulos en Lucas 24, 37, cuando pensaban que veían un espíritu? ¿Podemos estar de acuerdo con la respuesta de Jesús en Lucas 24, 38-43? ¿Cómo imaginar, entonces, la resurrección?

El Nuevo Testamento promete que cada persona que cree en Jesús, también va a resucitar así como Él resucitó. ¿Cómo ocurrirá esa resurrección? ¿Qué tipo de personas seremos después de la resurrección? Pablo responde en 1 Corintios 15, 35-42. Ahora, ¿cómo podríamos entender correctamente la idea del apóstol?

Comencemos constatando que la idea de una alma inmortal, separada del cuerpo, es rarísima en la Biblia (por ejemplo: Mateo 10.28). En la Biblia la persona siempre es vista como una unidad integral, que no puede ser dividida en partes. Esto significa que, cuando muere, muere toda. Mueren el cuerpo y el alma. Cuando en la Biblia se usa la palabra “cuerpo”, se piensa en la persona entera, en su dimensión corporal, visible y palpable. Cuando usan la palabra “alma”, los escritores bíblicos tienen en mente toda la persona en su dimensión invisible, psíquica, viva (la mejor traducción sería la palabra “vida”). Por tanto, nunca se puede separar una cosa de la otra. Nosotros tenemos la costumbre de pensar en “cuerpo” y “alma” como dos cosas diferentes, que pueden ser separadas. La Biblia no admite esa separación.

De manera que cuando el ser humano muere, muere todo y vuelve al polvo de donde fue formado. El pasaje de Génesis 3.19 no habla, ni quiere dar a entender, que el alma queda viva. Así también fue con Jesús: cuando Él murió, murió como persona; murió y fue enterrado. Nada quedó vivo de Jesús.

Pero Dios lo resucitó, esto es, *lo creó de nuevo.* La resurrección es nueva creación. Dios hizo a Jesús de nuevo, le devolvió la vida y la identidad, pero con otras características fí-

sicas. Después de la resurrección Jesús no era un espíritu desencarnado, tampoco un fantasma, sino una persona completa. Para mostrar esto, Él se dejó tocar y comió junto con sus discípulos.

Dios nos promete que creamos en Jesús, que también seremos resucitados después de nuestra muerte, de la misma forma como Jesús lo fue. Eso significa que no vamos a ser almas en pena o espíritus errantes, sino personas completas. Porque Dios nos va a crear de nuevo. Vamos a ser personas un tanto diferentes de aquellas que somos ahora, pero vamos a ser personas enteras. Por eso no debemos tener miedo de donar órganos, o preocuparnos si, por algún accidente lamentable, perdemos algún miembro del cuerpo. Si Dios fue capaz de crearnos una vez, también será capaz de crearnos tal como éramos.

Pablo piensa que nuestra apariencia no será la misma, sino que acaso será más hermosa, gloriosa. Pablo usa el ejemplo de la semilla y de la planta. La persona que muere es como una semilla lanzada en la tierra. Escondida en la semilla hay una vida mucho más impresionante. Así es la resurrección.

Concluyendo: el alma no es inmortal. El ser humano, como un todo, es mortal. Pero Dios prometió resucitarlo, y ¿quién si no Él sería capaz de resucitarlo después de muerto?

¿Existe la comunicación con los muertos?

Nélio Schneider

Muchas veces la muerte de una persona es repentina, o sea, que lleva a una separación inesperada. Las personas que tenían relación con ella no estaban preparadas para esa ruptura definitiva. Aún había cosas que decir y asuntos que resolver antes de la partida; puede producirse el remordimiento que lleva a la búsqueda de la superación del hecho ocurrido. Se procura entonces, de alguna manera, restablecer algún tipo de comunicación con la persona fallecida, con la intención de asegurarse que todo está bien. Además, se presupone que también los muertos están tratando de comunicarse con quien quedó, por no poder descansar en paz si acaso hubieran dejado algún asunto pendiente.

Para restablecer la comunicación con los muertos se ofrecen diversas posibilidades: visiones, audiciones, psicografía, intervención de los llamados médium. Cualquier fenómeno no común, espiritual o psíquico, es interpretado por los especialistas como un intento de comunicación por parte de algún muerto. En un programa de televisión la presentadora supuso, en un determinado momento, haber oído que a su lado le hablaban algo. Cuando se volvió, no vio a nadie. Su gesto espontáneo y su reacción atónita llevaron a que el asunto fuera tratado en un programa siguiente. Fueron formuladas las más diferentes hipótesis sobre lo que había sucedido. Las explicaciones interpretaban que se trataba del espíritu de algún fallecido, que posteriormente también fue identificado.

Pero, ¿es ésta una posibilidad realista? ¿Podemos comunicarnos con los muertos y ellos con nosotros? En un primer momento trataremos de formular una opinión basándonos en el texto bíblico de Eclesiastés 9, 1-10.

El autor de Eclesiastés puede parecer duro, pero por lo menos es realista: “Los muertos nada saben” (9.5); “también parecen su amor, su odio y su envidia; y ya nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del Sol” (9.6); “en el seol, a donde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría (9.10). Todas las personas, así como los demás seres vivos, proceden del polvo y al polvo volverán (3.20). Si tomáramos estas consideraciones en serio, concluiríamos que la muerte de la persona termina sus posibilidades de comunicación.

Entonces, si alguien se comunica es porque no está muerto. Si no está muerto, no hay por qué preocuparse. Si está muerto, no hay como engañarse al respecto. En el sentido bíblico, el estado final de la muerte es la ausencia de la vida y, por tanto, la ausencia irremediable de la persona, con sus aspiraciones, sus sentimientos, sus sentidos y expresiones. Los fenómenos no comunes de los cuales oímos hablar, pueden ser atribuidos a cualquier otra manifestación (por ejemplo, de espíritus), pero no de personas muertas.

Para las personas muertas, la única forma de superar la muerte es aquella que Dios mismo propuso en Jesucristo, o sea, la resurrección. La resurrección es nueva creación. El Dios que nos creó de la forma que somos, puede y promete recrearnos para una vida plena junto a Él (2 Corintios 5, 17). Así, es Dios mismo quien restablece la posibilidad de comunicación entre los seres vivos, aún después de que esa comunicación se volvió físicamente impracticable.

¿Cuál debería ser nuestra postura frente a este hecho? Encarar la muerte como compañera de la vida, que nos enseña a vivir cada día sabiamente delante de Dios y de las personas. Lo que tuviéramos que decir y hacer, vamos a decirlo y hacerlo ahora. ¡Vivamos hoy el amor, el cariño y la ternura que dan un sentido pleno a nuestra vida! Vamos a comunicarnos ahora que dis-

ponemos de todos los medios para hacerlo. Si lo hacemos, podremos partir de esta vida en cualquier momento, con la certeza de que vivimos antes de morir. Quien vive así, contrapone la promesa de la resurrección al temor de la muerte.

¿Es posible adivinar el futuro?

Ingo Wulforth

“Mamá Dinah” afirma que puede prever el futuro de cualquier persona, ofreciendo sus pronósticos en un gran informativo publicitario.² Ella es en la actualidad la vidente más famosa del Brasil, y ha tenido como clientes, entre otros, a Paulo Maluf y Xuxa.³

En 1994 “Mamá Dinah” publicó el pronóstico de que Paulo Maluf sería Presidente de la República. No lo fue. En 1988, previó cuatro años de mandato para el Presidente Sarney. En realidad, Sarney gobernó cinco. En 1989 apuntó a Janio Quadros como sucesor de Sarney. Sin embargo, Janio ni siquiera se candidatizó para la presidencia.

En 1990, hizo la siguiente previsión: “Collor hará un excelente gobierno. Él tiene fuerza para mandar. Va a hacer valer su autoridad, y nadie conseguirá doblegarlo”⁴. Pero ocurrió el *impeachment*, la pronta salida del gobierno de Collor y su auto-exilio en Miami, Estados Unidos.

² *Zero Hora*, revista de la TV, 18.04.99, p. 3.

³ Revista *Veja*, 20.03.96, p.53. Maria da Graça Xuxa Meneghel (1963) es una conocida artista brasileña y presentadora de programas de televisión infantiles. Paulo Salim Maluf (1931), político brasileño, fue prefecto del estado de Sao Paulo por el Partido Progresista Brasileño. (NdE)

⁴ *Veja*, 20.03.96, p. 53. Una serie de grandes escándalos de corrupción llevaron al congreso brasileño a realizarle un juicio político (*impeachment*) al presidente Fernando Collor de Melo, quien fue separado de su cargo en septiembre de 1992, luego de apenas 18 meses en el poder. (NdE)

“Mamá Dinah” también predijo el inicio de la III Guerra Mundial para 1984, y que la selección brasileña de fútbol sería derrotada en la Copa de los Estados Unidos. No hubo, ciertamente, la guerra anticipada y sí ganamos la Copa y nos convertimos en tetracampeones.

Para Ayrton Senna vaticinó que 1994 sería un año mejor que 1993, pero en 1994 Senna perdió dos carreras y murió en la tercera.

Afirmó que “puede llenar una tabla de bingo, que luego es premiada”. Pero Moacir de Freitas, empleado del bingo frecuentado por “Mamá Dinah”, dice que “no recuerda siquiera haberla visto completar una línea, mucho menos una tabla entera”.

La revista *Veja* continúa señalando muchas otras predicciones erradas de “Mamá Dinah”, y anota que ella insiste en que su margen de acierto es del 98%.

Entiendo ahora al profeta Jeremías, cuando le dice al pueblo de Dios: “Y vosotros no prestéis oído a vuestros profetas, adivinos, soñadores, agoreros o encantadores... porque ellos os profetizan mentira” (Jeremías 27, 9-10). Y también las advertencias en Levítico: “No seréis agoreros ni adivinos” (19,26); “No os volváis a los encantadores ni a los adivinos” (19,31)⁵.

Un periodista cita predicciones de varios videntes y economistas y prueba con hechos y datos: “Los economistas y los videntes tienen un punto en común: una increíble capacidad para errar en sus previsiones”⁶. Aún suponiendo que la memoria del pueblo fuera corta, ¿justificaría que se le siga engañando? ¿O es que la misma gente desea ser engañada? De hecho, hay gente que paga mucho para oír las predicciones de “Mamá Dinah” y otros. Recordemos el ejemplo del mago Simón (Hechos de los Apóstoles 8, 9-25). ¿Y hoy? También hay “videntes” que se enriquecen a costa de la credulidad.

⁵ Las citas bíblicas corresponden a la versión Reina-Valera 1995, Edición de Estudios. (NdE)

⁶ *Veja*, 14 de enero de 1998, p 19.

De vez en cuando esos adivinos “aciertan”, cuando prevén cosas genéricas, por ejemplo, que el consultante tendrá una relación de amor. ¿No se ha percatado de que las predicciones generalmente son vagas, evasivas, o de doble sentido? “Mamá Dinah” dio la siguiente predicción para un domingo muy especial en Sao Paulo: “Debe hacer sol, pero tal vez llueva”. Otra predicción suya: “¡Cuidado con los accidentes en setiembre!” Y los otros meses, ¿no es necesario tener cuidado?

Una previsión seria debe ser con fechas, horas y detalles exactos de un acontecimiento futuro. Pero los videntes silencian y engañan.

¿Existen personas que realmente presienten algo que va a suceder? Sí. En el lenguaje de la parapsicología son los “metagnómicos” que, a veces, tienen una premonición. En ocasiones sienten, oyen y ven que algo está próximo a acontecer. Pero todos los casos de premonición que he oído relatar, fueron casos de accidente o de muerte de personas queridas. Una fuerte emoción lleva a un desequilibrio y, de esa manera, libera la manifestación del Psi-Gama.⁷ Entonces la persona presiente que algo va a suceder próximamente.

Pongan mucha atención: el presentimiento ocurre siempre en forma espontánea y sorprendente, nunca con hora marcada, como es el caso de los videntes. Por consiguiente, no va a producirse durante una consulta astrológica, o en el juego de dados. Los parapsicólogos son personas muy sugestionables y presentan, generalmente, un desequilibrio psico-físico, como en el caso de ciertos genios. Yo conozco una señora con características parapsicológicas, pero ella no quiere usar esa capacidad, pues sabe muy bien que su desequilibrio emocional-psíquico puede volverse enfermizo rápidamente, con consecuencias nefastas y destructoras en su vida psíquica y espiritual.

⁷ Se acostumbra dividir el estudio de la parapsicología en dos áreas fenomenológicas: Psi-Gama y Psi-Kappa. La primera expresión se refiere a los fenómenos puramente mentales como la telepatía, la precognición y la clarividencia. La expresión Psi-Kappa engloba los efectos físicos, tales como la telekinesia y la levitación. (NDE)

Sin embargo, no conozco que un parapsicólogo haya previsto un acontecimiento futuro inesperado y decisivo en la historia de la humanidad, por ejemplo, la caída del muro de Berlín y del comunismo.

Prever el futuro en forma muy transparente, con fecha, hora y detalles exactos, supone que todos los acontecimientos ya están prefijados por el destino de cada uno y, en consecuencia, que sólo resta aceptar ese destino como una fatalidad.

Creo que Dios no nos creó como muñecos predestinados, esclavos de un destino. Creo que Dios nos creó como co-responsables ante Él, ante nuestros semejantes y ante todo el cosmos (Génesis 1.28). Nosotros, seres humanos y cristianos, necesitamos optar, decidir y accionar, pues no hay un destino ciego e inevitable. “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gálatas 5.1).

¿Por qué sufrir?

Wilfrid Buchweitz

Esta pregunta es formulada por varios motivos. En ocasiones, por simple curiosidad: ¿Por qué existe el sufrimiento? A la gente le gustaría penetrar en este misterio, le gustaría dominarlo, le gustaría aumentar su grado de conocimientos. Otras veces, la pregunta se plantea en una situación existencial. ¿Por qué estoy sufriendo? ¿Por qué mi padre sufre tanto? ¿Por qué existe tanto sufrimiento en nuestro país?

Hay una forma fácil de responder la pregunta. El sufrimiento se produce cada vez que alguien no toma seriamente en cuenta las leyes de la creación de Dios. Si dejo caer una piedra sobre mi pie, voy a sufrir dolor. Si como algo que mi estómago no consigue digerir, también voy a sufrir. Si atropellan a una persona con un carro, ella sufre. Si una empresa explota a sus trabajadores, ellos sufren. Si un gobierno dicta leyes que favorecen sólo a una minoría de la población, la mayoría que no se beneficia también sufre. Cuando un país está en guerra, mucha gente sufre. Cuando destruimos los árboles, las aguas y la fauna, el mundo sufre.

Pero Dios no exime al ser humano de sus responsabilidades, y por eso no quiere interferir. En consecuencia, en Exodo 20.5 Dios alerta a los padres que si no respetan los mandamientos, podrían causar el sufrimiento de sus hijos, nietos y hasta los bisnietos. El pecado de unos trae consecuencias para la vida de otros.

La forma difícil de responder la pregunta viene del hecho de no ser posible, muchas veces, descubrir cuál es la culpa que me hace sufrir: la mía, la de mis antepasados, la de un gobierno, la de una Iglesia, la del poder económico. En Juan 9 se cuenta la historia de un hombre que nació ciego. Jesús dice que él no es ciego por causa de sus pecados, ni por culpa de los pecados de sus padres (9.3). En la realidad, todo el mundo vive un estado de alejamiento de Dios, de sus palabras y mandamientos. Eso trae sufrimiento al mundo. El apóstol Pablo dice que, por eso, todo el universo gime con dolores iguales a los dolores de parto, y que nosotros sufrimos en cuanto esperamos que Dios nos libere completamente (Romanos 8.22-23). Hasta la naturaleza sufre y llora.

Pero ¿por qué, entonces, algunos sufren más que otros?

A veces alguien sufre porque obedece la voluntad de Dios. Jesús cumple la voluntad de su Padre, y los enemigos de la voluntad de Dios se unen, le persiguen y lo llevan a la cruz. Así también entre nosotros, los defensores de la voluntad de Dios muchas veces son perseguidos, hostilizados e incluso pagan con su vida ese discipulado. La fidelidad a Dios puede traer grandes sufrimientos.

En Apocalipsis 3.19, Dios dice: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete”. Ahora bien, el sufrimiento no siempre es castigo de Dios; por eso hay otros pasajes de la Biblia que dicen que el amor hace que Dios aplique el castigo para nuevamente colocar a sus hijos en el camino verdadero.

Numerosas personas dicen que algunos días de hospital hicieron que meditasen profundamente sobre sus vidas. Agradecen por el sufrimiento, porque les hizo reflexionar nuevamente acerca del valor de la vida.

No obstante, para algunas personas, y en algunas situaciones, ninguna de esas y otras respuestas serán suficientes. Hay momentos en que las personas continuarán usando las palabras de Jesús: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Marcos. 15.34), o las palabras de Jeremías (14.19): “¿Has dese-

chado del todo a Judá? ¿Ha aborrecido tu alma a Sión? ¿Por qué hiciste que nos hirieran sin remedio? Esperamos paz, pero no hubo tal bien; tiempo de curación, y he aquí turbación”. Una comunidad cristiana debe estar muy atenta a esos gritos.

¿Cómo superar esos sufrimientos? En primer lugar, es necesario trabajar constantemente, en comunión con Dios, con sus palabras y sacramentos, dentro de su Iglesia y comunidades, con la esperanza de que así podamos disminuir el sufrimiento propio y el de otras personas. Además, la Palabra y los sacramentos en comunidad siempre darán mejores fuerzas y condiciones para soportar el sufrimiento, para madurar y crecer en medio del sufrimiento. La misma Palabra también promete dar libertad para compartirlo y disminuir el sufrimiento del prójimo. Por último, la Palabra nos dice una y otra vez que, aún en medio del sufrimiento, el Señor camina a nuestro lado con su amor incondicional.

¿Es el dolor un castigo de Dios?

Osmar L. Witt

En general, nos damos cuenta de lo que significa el dolor cuando estamos atacados por alguna enfermedad grave, o cuando acompañamos a una persona querida en condiciones de sufrimiento provocado por alguna dolencia. Son momentos difíciles en la vida y, si pudiésemos, haríamos avanzar el tiempo para librarnos, lo antes posible, de esa situación que nos causa dolor o nos deja impotentes. O nos gustaría transportarnos hacia el pasado y pensar: ¿por qué todo no vuelve a ser como antes?

El dolor no solamente nos aparta de nuestras actividades normales, sino que también nos confronta con una serie de preguntas, para las cuales es difícil encontrar respuestas satisfactorias. Nos gusta entender por qué somos afectados y, a veces, parece que nuestra vida se quiere desmoronar. En estos momentos, sea que estemos solos o acompañados de personas que nos quieren bien y procuran confortarnos, no podemos ignorar la realidad de los hechos, ni huir de aquella pregunta que insiste en martillar nuestros pensamientos: ¿por qué Dios permitió que esto me sucediera a mí?

El modo como las personas encaran los dolores difiere de una a otra cultura y, a veces, hasta de una persona a otra. En general, todos buscamos una respuesta para la pregunta sobre la razón del sufrimiento que el dolor trae consigo. Algunas personas entienden que el dolor es un castigo de Dios, por los peca-

dos graves que cometemos. Otras piensan que es el pago por alguna maldad que cometimos en nuestra existencia. También hay quien ve en el dolor una forma usada por Dios para poner a prueba la fe de la gente. ¿Qué sentido puede haber en el hecho de que, súbitamente, somos alcanzados por una enfermedad? ¿Cómo podemos entender los dolores que nos llegan y provocan sufrimiento?

En primer lugar, es preciso reconocer que muchas cosas que atribuimos a Dios son, en verdad, fruto del comportamiento inadecuado de las personas. Muchos males podrían ser evitados si no descuidáramos tanto nuestra salud y respetáramos el cuerpo que Dios creó, y en el cual habita. De igual manera, no debemos atribuir a Dios la responsabilidad por males que son consecuencia de una estructura social que no garantiza el acceso a la salud para los grandes segmentos de la población. Es verdad que la Biblia conoce la realidad humana del dolor, pero no legitima nuestros errores, ni nos exime de nuestras responsabilidades.

En busca de una respuesta para la pregunta respecto del sentido del dolor, encontramos en algunos textos bíblicos manifestaciones de personas que reconocen que hay una relación entre su dolencia y su conducta personal. Esas personas, al confesar su culpa, cuentan con el socorro de Dios (lea, por ejemplo, los Salmos 32 y 38). De la lectura de estos salmos no podemos deducir que Dios castiga ni abandona a aquél que clama por su ayuda. Al contrario, el salmista expresa su confianza en el perdón y en el auxilio que viene del Señor.

Los evangelios traen muchos relatos sobre personas dolientes a quienes Jesús curó. En Mateo 4.24 leemos que Jesús curó a todos los enfermos que eran llevados a su presencia. No podemos, pues, decir que el dolor o la enfermedad son un castigo, cuando la liberación de las dolencias fue justamente una marca de la actuación de Jesús. Su propósito es que tengamos vida abundante (Véase Juan 10.10). Este anuncio del Evangelio nos da la clave para buscar una respuesta a la pregunta relativa al sentido del dolor. Dios no quiere que suframos, pero Él pue-

de hacer uso de nuestras dolencias para que volvamos a acercarnos a Él y preservarnos así en su amor (Romanos 8.31-39).

Dios no nos retribuye conforme a nuestras iniquidades o culpas, sino en la proporción del amor revelado en Jesucristo. El esquema de la retribución de acuerdo con la culpa fue cuestionado y superado por Jesús (Juan 9.1-7). La solidaridad de Dios pasó a ser fundamental para con los que sufren y en Él confían. Ha habido y habrá enfermedades y dolencias mientras dure el mundo. La experiencia nos muestra que también las personas de fe no están libres de contraer enfermedades y de sufrir. Es más, las personas de fe tal vez comprendan tan poco como las no creyentes el por qué ésta o aquella dolencia les alcanza y les hiera. Sin embargo, quienes tienen fe en Dios saben que pueden confiar en el amor de Aquél que conoce el por qué. Sabemos que Dios sólo quiere el bien, por eso podemos confiar en Él (Jeremías, 29.11). Aunque nos veamos forzados a callar y admitir nuestra incapacidad para comprender y dar sentido a ciertos acontecimientos de nuestra vida, confiamos en que el Buen Pastor nos conduzca (Salmo 23). Esta confianza en el amparo de Dios no nos vuelve inmunes al sufrimiento y al dolor, pero nos da aliento y fuerzas para enfrentar los males de este mundo, y para no sucumbir a los fatalismos.

Señor, porque me guarda tu mano, confío en Ti.

Porque bien sé que Tu querer es bueno, confío en Ti

Tú das coraje, vences el temor;

¡Llor a Ti, por tu inmenso amor!

Sé bien que yo ignoro mi camino, confío en Ti.

Porque tus planes vas a concretar, confío en Ti.

Porque me guías no preciso ver,

¡Ni tampoco todo entender!

(Himnos del Pueblo de Dios, No. 221)

¿Ocurren las curas milagrosas?

Lothar C. Hoch

Cada día aumenta la oferta de curaciones en el mercado religioso. Hay una especie de competencia entre algunas denominaciones religiosas. Cuanto más espectaculares las curaciones que realizan, tanto mayor el número de sus seguidores. Esto genera dudas e incertidumbre en la mente y en el corazón de mucha gente.

Los miembros de las iglesias históricas (católica, luterana, metodista, presbiteriana, bautista) también están preocupados. Algunos fieles de esas iglesias sufren terriblemente con sus enfermedades, a veces por períodos prolongados de tiempo. Es perfectamente comprensible que pretendan alcanzar soluciones milagrosas para sus problemas. Conozco comunidades y congregaciones que, de tiempo en tiempo, llenan un ómnibus entero y viajan durante días hacia lugares distantes, en busca de curación.

Días atrás, una señora me comentó que fue invitada por una amiga a buscar ayuda en un centro espiritista. Admitió que, por haber sido educada en una iglesia protestante histórica, tuvo un terrible conflicto de conciencia, pero aceptó la invitación. “Quedé muy impresionada con todo lo que vi allá”, me comentó, “y por algún tiempo hasta tuve la impresión de que estaba siendo curada”. Y, luego de un momento de silencio, concluyó: “En medio del sufrimiento, la gente intenta de todo y se aferra a cualquier resquicio de esperanza. Hoy sé que fue sólo una ilusión”.

Personalmente, no dudo que puedan ocurrir curaciones milagrosas, no sólo en centros espiritistas, sitios de “umbanda”⁸ o en iglesias pentecostales y carismáticas. También en comunidades tradicionales, algunas personas experimentan curaciones. Creo que el poder de Dios actúa hoy entre nosotros, como actuó en los templos bíblicos. Me congratulo con aquellas personas a quienes Dios concede tal gracia. Pero, ¿qué sucede con esas numerosas personas que esperan ansiosamente por un milagro, y que no son atendidas? ¿No tendrían motivo suficiente para sentirse abandonadas y olvidadas por Dios? Es a ellas a las que deseo dirigirme, de manera especial.

En primer lugar, necesitamos aclarar lo que significa “curación”. Mucha gente piensa que la curación es un acto milagroso que ocurre en cualquier momento y cuyo resultado la gente puede sentir y todos los demás pueden ver. Existe aquí el riesgo de confundir “curación” con “milagro”. No siempre el milagro de la ayuda divina exterior, tan ardientemente buscado, es una curación verdadera. El caso de los diez leprosos (Lucas 17, 11-19) ilustra esto. El milagro exterior fue concedido a los diez, pero sólo un samaritano, que volvió para agradecer a Dios, experimentó la curación en el sentido más profundo. En él se produjo un cambio de vida y de relación con Dios. Por esto Dios, al dirigirse a él, le dijo: “Tu fe te ha salvado”.

Por otro lado, puede haber ayuda divina sin que haya un milagro exterior. Es el caso personal del apóstol Pablo. En 2 Corintios 12, 7-10, dice que le fue puesto un “aguijón en la carne”, posiblemente una dolencia incurable. Por tres veces pidió a Dios el milagro de que le curase. Sin embargo, la respuesta que recibió fue: “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. Este pasaje nos muestra que no siempre el poder y la gracia de Dios vienen a nosotros de modo extraordinario, y en el sentido de una curación física. La gracia y el poder de Dios pueden actuar silenciosamente, asistiéndonos en nuestro dolor y dándonos la fuerza necesaria para cargar nuestra cruz. Por tanto, no ser curados, en forma milagrosa, no significa que estemos siendo olvidados por Dios, sino que a veces llegamos a tener esa impresión.

Pienso que, como personas que confiamos en Dios y que vivimos en comunidad, no necesitamos angustiarnos y correr detrás de milagros. Tampoco es recomendable que nuestras iglesias intenten imitar a denominaciones y a grupos religiosos que propagan soluciones mágicas para toda suerte de enfermedades. Existe mucho egoísmo en todo esto. Creo, eso sí, que debemos pedir constantemente por el poder del Espíritu Santo en favor de nuestros enfermos, y estar abiertos a la forma de ayuda que él desee concedernos. Lo que no debemos es pretender manipular el Espíritu de Dios, queriendo que Él ayude de la forma como nosotros creamos mejor. A veces el verdadero milagro no consiste en ser curados, sino en encontrar fuerza y esperanza para continuar viviendo, a pesar de las dificultades y de los sufrimientos. Esta experiencia, por más difícil que sea, puede llevarnos a una relación más profunda con Dios y aún servir de aliento e inspiración para otros que sufren.

Pedir ardientemente por la cura y ayuda divina no debe impedir que hagamos nuestra parte. Necesitamos luchar por una sociedad más saludable, que produzca menos personas enfermas, y empeñarnos para que también nuestras congregaciones e iglesias puedan ser, en las manos de Dios, instrumentos de curación. Lo alcanzaremos construyendo comunidades solidarias y diaconales, formando grupos donde personas que sufren se sientan acogidas, orando los unos por los otros y logrando personas que consigan ayudar a otras a cargar el fardo de su cruz. Esas iniciativas pueden no ser tan sensacionales en relación con otras que existen en el “mercado”, pero tengo la certeza de que son muy eficientes.

¿Existe Dios?

Anelise L. Abentroth

Esta es una pregunta muy común para personas que, a una cierta altura de sus vidas, comienzan a cuestionar conceptos, explicaciones y “verdades” que le han sido inculcadas. Cuando los seres humanos descubrieron su propio poder a través de la ciencia, fueron dejando de lado el recuerdo, el testimonio y la fe en el Dios Todopoderoso que tenían los pueblos antiguos. También hoy, cada vez más, se está siguiendo y buscando a otros dioses. El consumo, el progreso, el egoísmo, la ganancia, las ideologías y las propuestas filosóficas se van tornando el centro y el blanco del corazón humano.

De manera especial las sociedades occidentales, en la euforia de conquistar mares y continentes, se han vuelto como jóvenes que, en el ansia de asumir su propio camino, se apartan radicalmente de los padres y niegan todo lo que recibieron de ellos. Sin embargo, las decepciones y las frustraciones cada vez mayores respecto a la confianza del poder humano, hacen que muchos reconozcan problemas grandes y graves (creados por las propias personas), pero no son capaces de resolverlos.

Entonces surge la pregunta: ¿Existe realmente Dios? Y si existe, ¿por qué el mundo está como está? La respuesta que demos a esta pregunta influye mucho en el rumbo de nuestra vida. Por eso me gustaría que usted, lector o lectora, me acompañaran en esta reflexión.

Si usted hace esta pregunta por mera curiosidad, yo le voy a responder: “No, Dios no existe”. Lo que existe son las monta-

ñas, los ríos, las plantas, las personas, los animales, en fin, las cosas que usted va a encontrar en los libros. Dios no existe para los curiosos y curiosas. Él no es un objeto de la ciencia. No es algo que podamos asegurar, guardar en el bolso y usar cuando sea preciso. Dios no está en el mundo. Por el contrario, el mundo está en Dios.

Si yo respondiese a su curiosidad: “Sí, Dios existe”, ciertamente usted cerraría este libro. Luego pensaría: Dios es una más de tantas cosas que existen. A lo que yo le respondo: “Él no es esto, ¡no! Dios no es fruto de la imaginación o de la creatividad humanas. Él es verdaderamente Dios”. En Jeremías 10.10 está escrito: “Mas Jehová es el Dios verdadero: Él es el Dios vivo y el Rey eterno.” Sin Dios nada existiría. Él es el principio. Sin Él todo es absurdo, es el caos. ¿O usted cree que la casualidad podría haber creado todo tan perfecto, tan sincronizado, en cadenas biológicas tan fantásticas, como las que rigen la vida de toda la creación? La casualidad no es capaz de crear un orden tan lógico, complejo y armonioso. Sólo Dios lo puede. Así el antiguo pueblo de Israel, frente a la confusión y el sufrimiento que estaba viviendo, necesitó declarar: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba desordenada y vacía... y vio Dios que era bueno...” (Génesis 1,1ss).

Quien hace la pregunta acerca de la existencia de Dios tal vez viva acosado por el miedo de que todo sea en vano y de que su vida no tenga sentido. Aun cuando no podamos comprobarlo (es decir, colocar a Dios en compartimentos delimitados por la ciencia y sus métodos), podemos afirmar, con toda convicción: Sí, Dios existe.

Dios es un Dios vivo. Así como la vida es una realidad misteriosa, que apenas se puede sentir y vivir, así Dios es una realidad que se impone, que se manifiesta, que actúa, que está en medio de nosotros. No lo podemos comprender porque, en última instancia, como criaturas, como seres creados, tenemos limitaciones. El apóstol Pablo lo definió así: “Ahora vemos por espejo, oscuramente...” (1Corintios 13.12).

Solamente sabemos quién es Dios, lo que Él hace, cómo actúa, lo que quiere de nosotros, a través del relato y del testimonio de aquellos que vivieron antes de nosotros. Ellos registraron sus experiencias con Dios, y así lo expresaron en la Biblia. La Biblia es como un álbum de fotografías muy antiguo. En este álbum hay fotos de matrimonio, de aniversarios, de fiestas familiares, niños jugando, gateando, fotos hechas por profesionales, pero también por máquinas muy simples. Nadie puede decir: ésta es la más importante. Cada foto tiene su valor para quien mira y recuerda. Así es la Biblia. Es el retrato de un pueblo y nosotros, al hojearla, vamos a saber quiénes somos, quién nos creó, a quién pertenecemos y para qué estamos en el mundo. La Biblia es palabra viva, actual y poderosa de Aquél que habla con nosotros, y nunca nos deja abandonados ni abandonadas.

Tal vez usted se haya hecho la pregunta acerca de la existencia de Dios, por no querer soportar tantas injusticias, tanto desorden en nuestro mundo, en nuestra vida. Aun así, ¡Dios es Dios! Y cuando usted tiene esa seguridad, usted sabe que el bien y el mal no pueden ser la misma cosa, y que los fines no justifican los medios. Dios es Dios de justicia y de verdad. Él siempre se colocó al lado de los que sufren. En Jesús vimos la presencia humana de Dios. Y su proyecto, y su anuncio del Reino de paz y justicia, es la mejor propuesta para poner orden en el desorden.

Hay un Dios, un Dios único, que se deja conocer. Si su razón protesta contra la injusticia, es porque conoce a Dios. Si usted pregunta por Él, es porque Él le abraza y quiere que usted lo conozca mejor. Dios quiere que encontremos el verdadero sentido de nuestra existencia, que es amarlo con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todo nuestro entendimiento, con todas nuestras fuerzas, y amar al prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22.37-39).

¿Quién es Jesús de Nazaret?

Gottfried Brakemeier

“Creo en Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, nuestro Señor...” Así reza el Credo Apostólico. ¿Cuáles son los argumentos en que se basa?

El mismo Jesús provocó la pregunta. Cierta vez, cuando andaba con sus discípulos en las proximidades de Cesarea de Filipo, en el norte de Palestina, les hizo esta pregunta: ¿“Quién dicen los hombres que soy yo?” (Marcos 8, 27s). De acuerdo con la respuesta de los discípulos, los juicios no eran unánimes. Para unos, Jesús es un nuevo Juan el Bautista; para otros, era Elías que, según el profeta Malaquías (Malaquías 4, 5) volvería antes del terrible día del Señor; para otros, Jesús es un profeta cualquiera, como ya los hubo antes. Los discípulos probablemente también mencionaron las opiniones hostiles. Pues algunos de los escribas consideraban a Jesús como un poseído del diablo (Marcos 3,22). Para los fariseos era un infractor de la ley. Y el Samedrín lo acusará de ser un impostor y un blasfemo, razón por la que le condenó a muerte (Marcos 14, 54-65). En cambio, el apóstol Pedro confiesa: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16,16).

Los juicios sobre Jesús siempre variaron a lo largo de la historia, aunque generalmente se le ha otorgado a su persona el debido respeto. No hay dudas de que Jesús fue una persona de extrema influencia en la historia. Es considerado por algunos como un gran humanista, un sabio religioso, un benefactor de la huma-

nidad. Otros juicios, en cambio, son menos lisonjeros: Jesús habría sido un revolucionario fracasado, un entusiasta apocalíptico, un ingenuo utopista. Por eso no pocas personas tienen dificultades con el credo cristiano. ¿Dónde está la verdad sobre Jesús?

Para avanzar en nuestra reflexión es recomendable preguntarse acerca del origen de la fe cristiana. Para hacer una declaración tan osada, Pedro debió tener sus razones. Dice en el Evangelio de Mateo que fue Dios mismo quien le reveló esta verdad (Mateo 16,17). Y en eso no caben dudas. El mesianismo de Jesús no es una invención de Pedro, sino un conocimiento que le es dado. Pero las revelaciones se basan en las experiencias, no surgen de la nada. Detrás de la confesión de Pedro existe un aprendizaje, un descubrimiento hecho en la compañía de Jesús.

Entonces tenemos aquí una primera clave: Para responder a la pregunta “¿quién es Jesús?”, debemos conocerlo. Es necesario caminar un trecho con Él, oír sus enseñanzas y observar sus actos. Y lo que se percibe entonces será algo profundamente desafiante: Jesús de Nazaret actúa y habla como una autoridad singular. Jesús reinterpreta la ley como si fuera otro Moisés. Confronta a la persona humana con la exigencia de Dios, como nadie lo hiciera antes. También, en nombre del mismo Dios, manifiesta misericordia y perdona los pecados. Jesús de Nazaret provocó escándalo en aquellos que creían no necesitar de la penitencia. Fue acogido por quien necesitaba de amor, de gracia, de socorro. ¿Representante de Dios o manifestación del demonio? Cuando se trata de Jesús de Nazaret, ésta es la única y verdadera alternativa. Es imposible mantener frente a Él una posición de neutralidad, porque eso significaría que la gente aún no lo conoce. Pilato es el tipo de persona que no quiere comprometerse. Pero de nada le valió lavarse las manos en pretendido acto de inocencia.

¿Es válido lo que Jesús dijo, quiso e hizo? Si así fuera, entonces no dudaríamos en confesar que Jesús es el “Cristo”, el enviado de Dios, el plenipotenciario Hijo de Dios. De lo contrario, también nosotros lo degradaríamos a un blasfemo que merece ser crucificado de nuevo.

Para el primer cristianismo, la categoría de profeta fue insuficiente para expresar quién era Jesús. Sus seguidores vieron en Él la manifestación de Dios. Su autoridad, su libertad y, sobre todo, su amor a los débiles, pecadores, excluidos, dolientes, moribundos —amor que demuestra en nombre de Dios y que se confirma con la muerte en la Cruz—, hizo que surgiera una comunidad que, a semejanza de Pedro, lo reafirma como “Cristo”. Y nosotros, ¿quién decimos que es?

¿Va a volver Jesús?

Verner Hoefelmann

La esperanza por el regreso de Cristo forma parte de nuestra fe. Confesamos en el Credo Apostólico que Cristo “vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos”. Creemos que esa venida traerá consigo la crisis definitiva de la historia humana. Pasará este mundo, marcado por el pecado, la muerte, el dolor y la aflicción. Comenzará un nuevo tiempo, en el cual Dios hará nuevas todas las cosas y reinará, en forma plena, sobre su creación. Esa esperanza está expresada, en forma bellísima, en 2 Pedro 3,13: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”.

Pero, ¿cuándo sucederá esto? En la historia de la Iglesia muchos pensaron que era posible calcular la fecha del retorno de Cristo, a partir de indicios de la Biblia. Es el caso del movimiento adventista de los Estados Unidos en el siglo XIX. Basándose en los cálculos hechos a partir de Daniel 8.14, se concluía que Cristo volvería en 1843. El año pasó y nada de extraordinario ocurrió. La fecha fue cambiada para el año siguiente. Pero, de nuevo, Cristo no siguió el calendario establecido. Se buscó, entonces, una u otra explicación: la fecha estaría acertada, pero no se refería al final de los tiempos, sino a una irrupción de los tiempos del juicio que antecederían al fin. En el límite del tercer milenio, cuando pareció renacer el sentimiento religioso de muchas personas, no debió sorprendernos que nuevos “profetas” se levantasen con predicciones semejantes.

¿Qué orientaciones nos da la Biblia sobre el asunto? Cabe una aclaración: en la Biblia no hay ningún código secreto que nos permita descubrir los planes de Dios sobre el futuro. Quien pretenda o espere encontrar en la Biblia informaciones seguras sobre la fecha del retorno de Cristo y del fin de los tiempos, no pasa de ser un especulador inocente o un oportunista mal intencionado. Las propias comunidades del Nuevo Testamento no sabían cuándo acontecería. Incluso se equivocaron y, con el pasar de los años, aprendieron a reconsiderar sus opiniones.

El apóstol Pablo se contaba entre esas personas. Esperaba estar entre los vivos cuando Jesús volviera (1 Tesalonicenses 4.15). Su ímpetu misionero puede tener en esa convicción una de sus explicaciones: el tiempo disponible debería ser aprovechado para una actividad intensa en favor de la divulgación del Evangelio. Pablo trabajó, como pocos, en favor de esa causa, pero murió sin ver realizada su esperanza, al menos en la forma como la imaginaba.

La esperanza de los primeros cristianos por el retorno inminente de Cristo no se concretó, pero ellos permanecieron fieles al Evangelio. Varias razones contribuyeron a sustentar su fe y podían servir para orientar nuestra visión sobre el futuro que Dios tiene preparado para nuestro mundo.

En primer lugar, Jesús afirmó que nadie sabe el día y la hora final, ni los ángeles del cielo y tampoco el Hijo, solamente el Padre (Marcos 13.32). Si el asunto es de la competencia exclusiva de Dios, ¿por qué nosotros habríamos de especular sobre lo que pasa en lo más recóndito de su corazón? Jesús aclara que el día final vendrá como un ladrón, es decir, de manera totalmente inesperada. Por esto, la única actitud condicionante, por el carácter imprevisible de la hora, es la vigilancia.

En segundo lugar, si la historia continúa su curso, los cristianos deberán apreciar en ello una señal elocuente de la benignidad de Dios (2 Pedro 3,9). Vivimos todavía bajo el signo de la gracia. Dios continúa ardiendo de amor por sus criaturas. Continúan las confrontaciones con su Reino de amor y justicia. Él no quiere que nadie se pierda; al contrario, quiere que todos

sean salvos y lleguen al pleno conocimiento de la verdad. Por tanto, las guerras y las catástrofes no son señales que proceden de Dios. Son señales de una humanidad que insiste en vivir siguiendo sus propios principios. Por eso, la última actitud compatible con la paciente bondad de Dios, es aquella que colabora con sus planes para liberar a la creación del cautiverio, que la hace sufrir y llorar.

Por último, al notar que Dios tenía planes para la historia más extensos de lo que imaginaban, los primeros cristianos aprendieron a dirigir su vida según su esperanza. Si Dios tiene pensamientos de gracia y paz para con este mundo, el testimonio de los cristianos sólo puede corresponder a este propósito. Es así que Lucas interpreta, al final del siglo primero, el evento de la ascensión de Jesús: no es hora de quedarse con los ojos fijos en el cielo, en actitud de espera pasiva por la redención anunciada. Es hora de volver los ojos a la tierra, para la tarea de testimoniar el Evangelio hasta los confines del mundo. Es para esa tarea que nos fue dado el poder del Espíritu Santo.

¿Cuándo va a volver Cristo? No lo sabemos. Sólo sabemos que no nos cabe atemorizar a las personas con la obscuridad de la noche o con las catástrofes del fin. Nuestra tarea es permitir que la luz de Dios, que anuncia un nuevo día, brille a través de nosotros en nuestro mundo, haciendo brotar el anhelo por una era de paz y justicia, cuando Dios será todo en todos.

¿Quiénes son los profetas?

Nelson Kilpp

El diccionario afirma que un profeta es alguien que predice el futuro, o sea, una especie de vidente o adivino. ¿Quién predice el futuro? Además de los meteorólogos, las personas que “leen la suerte”, y aquellas que, en diciembre están “prevén” acontecimientos buenos o malos para el nuevo año. Hay, también, aquellos que anuncian el fin de los tiempos, cuando termina la década, o el siglo, o el milenio. ¿Son estos los profetas de nuestros días? La Biblia indica otra cosa.

Se advierte, en primer lugar, que la Biblia conoce una gran variedad de “profetas”. Encontramos profetas que, poseídos por el Espíritu de Dios, aparentemente entran en trance, perdiendo el control de sí mismos. (1 Samuel 10,10s; 19,23s). Hay “videntes” que son consultados en ocasiones especiales, como en aquella historia en la que Saúl no consigue encontrar las asnas que perdió su padre (1 Samuel 9, 5-9). Leemos que “hombres de Dios” también pueden realizar curaciones y milagros. Así, por ejemplo, Elías aumenta el aceite de la viuda de Sarepta (1 Reyes 17) Eliseo resucita al hijo de una mujer sunamita y cura a un oficial leproso (2 Reyes 4 y 5). Otras veces, los profetas del Antiguo Testamento son valientes defensores de la verdadera fe en Dios. El mejor ejemplo es Elías, quien por defender la fe fue perseguido por el poder político (Reyes 19, 1-3).

También encontramos profetas en las cortes de los reyes y en el templo. Natán está en la corte de David y le anuncia co-

sas buenas (2 Samuel 7), pero cuando es necesario también le anuncia la dura verdad (2 Samuel 12). El rey Acab mantenía 400 profetas en su palacio, que eran consultados cuando el rey quería saber la voluntad divina (1 Reyes 22). Pero también encontramos muchos profetas que denuncian las arbitrariedades del poder político, las injusticias sociales y el culto hipócrita (1 Reyes 21, 17-19); Amós 5, 21-25; 8, 4-6, etc.).

Esta gran cantidad de profetas más confunde que ayuda. Esto hizo que el Nuevo Testamento nos alertase: “Guardaos de los falsos profetas” (Mateo 7.15). Entonces, en fin de cuentas, ¿cuáles son los profetas verdaderos y cuáles los falsos? Veamos los criterios que nos da la Biblia para ayudarnos en ese discernimiento.

Los profetas se consideran mensajeros de Dios, con la misión de anunciar un mensaje que les fue revelado, a veces por medio de una visión o audición, respecto del futuro del pueblo. Ese mensaje no es meramente deducible de lo que se puede observar cotidianamente. Es más que el mero análisis de la realidad. Existe, en el origen de la actuación del verdadero profeta, una intuición que no puede explicarse racionalmente. El mensaje se dirige al profeta y lo apremia a hablar.

El contenido del mensaje revelado puede ser de desgracia o de salvación. Pero siempre trae algo nuevo, inesperado, diferente y, por tanto, crítico a lo que la mayoría, la masa, piensa o cree. Cuando todos esperan un futuro tranquilo y sosegado, el profeta puede anunciar que todo lo que nos es querido está radicalmente amenazado. Cuando la comunidad está abatida, desesperada y sin ninguna perspectiva, el profeta puede ver caminos inusitados.

Por esto, el verdadero profeta se caracteriza por “nadar contra la corriente”. Generalmente no tiene el apoyo de la élite ni de la masa del pueblo. Por ejemplo, el profeta Hananías tenía, sin duda, bastante más popularidad que Jeremías, pues Hananías anunciaba aquello que el pueblo quería oír (Jeremías 28), mientras Jeremías tenía un mensaje desagradable. A veces, el verdadero profeta llega a ser solidario; otras veces es perseguido y amenazado de muerte (Jeremías 16, 2, 8; 17, 18; 26, 8).

Muchas veces el término “profeta” designa solamente al profeta profesional, que gana el sustento a través de su profecía. Por ejemplo, Amós no quería ser llamado profeta porque, en su época, “profeta” era quien vivía de su “profecía” (Amós 7.14). Amós no quería ser identificado con los profetas profesionales. También Miqueas embiste contra profetas que anuncian paz y bienestar a quienes les pagan bien, pero predicen cosas malas contra aquellos que no les dan de comer (Miqueas 3, 5-7). Son profetas interesados. Al anunciar el bienestar, esos profetas encubren la realidad (Jeremías 6, 13s), esconden la inmundicia que está llevando al pueblo a la ruina.

Los verdaderos profetas experimentan y sufren su mensaje, en todo su ser y en toda su vida. A Jeremías se le prohíbe tener esposa e hijos (Jeremías 16), o sea, la alegría de convivir en familia. Jeremías debió demostrar, en su propia vida, el futuro del pueblo de Israel, que iba a perder su familia y su alegría. Ezequiel, por otro lado, enmudece por la muerte de su mujer, y permanece mudo hasta la destrucción de Jerusalén. (Ezequiel 24,15-18; 33, 21) Así vemos que el mensaje de los profetas no es solo un discurso, sino una vida comprometida.

Por otro lado, los falsos profetas son acusados de egoístas, de estar preocupados por el lucro y de ser insensibles a la moral (Jeremías 23, 14; 29-23). Según Jesús, es por los “frutos” que se distingue a los verdaderos de los falsos profetas (Mateo 7, 16). El principal fruto no es una determinada moralidad, sino la actuación y el objetivo de la actuación profética. Según el apóstol Pablo, el verdadero profeta tiene como objetivo edificar, exhortar y consolar a las comunidades (1 Corintios 14, 3). El verdadero profeta le trae beneficios a la comunidad. Muchas veces este beneficio puede consistir también en la advertencia a las personas, para conducir las al reconocimiento de sus pecados (1 Corintios 14, 25). En ese caso el profeta es como el centinela o el vigía que advierte a las personas ante el peligro y consigue salvar muchas vidas (Ezequiel 3, 16-21).

Alertar del peligro y salvar vidas: ésta es, aún hoy, la noble misión de los profetas modernos.

¿Salvan los mandamientos?

Ricardo W. Rieth

Renato llega a casa todavía aturdido. No atiende el saludo de su esposa y de sus hijos. Parece vivir una pesadilla: ¿Cómo es posible, mi Dios? Después de 30 años de estabilidad, ¿ser despedido de esa organización? ¿Qué hice para merecer esto? Jamás hice mal a alguien. Nunca engañé a mi mujer. No soy mentiroso. Nunca robé. Soy un padre dedicado. Todos los domingos voy al culto. Nunca dejé de pagar el diezmo a la iglesia. ¿Y ahora esto? ¡Arrojado a la calle a los 52 años! ¿Dónde voy a conseguir empleo?” Renato se encierra en el cuarto, abre la gaveta del armario, saca un revólver y se apunta a la cabeza.

¿Los mandamientos salvan?

Jorge es un criminal muy peligroso. En su ficha policial constan cuatro asesinatos, dos secuestros, incontables asaltos y dos fugas de la prisión. Ahora fue apresado nuevamente por la policía. Lo llevan a un presidio de alta seguridad. Sumadas sus penas, deberá cumplir más de cien años de prisión. Esta vez Jorge no saldrá más del penal. Está condenado definitivamente y sin apelación por la justicia. Nadie más morirá ni sufrirá violencia por sus manos criminales.

¿Los mandamientos salvan?

Marisa es creyente. Cuatro veces por semana, sin falta, alaba al Señor en su Iglesia pentecostal. Jubilada hace cinco años, dedica todas las tardes a los niños pobres, con graves deficiencias; muchos de ellos en estado vegetativo. Marisa habla con emoción: “Sin ayuda, muchos ya habrían muerto. ¡Si usted

viera la miseria en que viven con sus familiares!... ¡Para mí son como hijas e hijos!” Siendo creyente, Marisa se siente destinada a preservar las vidas de sus niñas y niños.

¿Los mandamientos salvan?

Es una pregunta difícil, que no puede responderse teóricamente. Necesita ser respondida allí, donde más se manifiesta: en la vida diaria de las personas, sean cristianas o no. A partir de la realidad existencial de Marisa, Jorge y Renato, que puede ser la realidad de muchas Teresas, Marías y Éricas, de muchos Pedros, Alfredos, Fernandos. A partir de ahí es que debemos abrir nuestras Biblias, y preguntar: ¿los mandamientos salvan?

Ante todo, los mandamientos son Palabra de Dios. La Palabra de Dios, por la cual todo el universo y las criaturas fueron creadas y son mantenidas, es una palabra, simultáneamente, de juicio y de salvación, de condenación y de promesa libertadora. Los mandamientos, por ser escritos en forma de leyes, determinaciones o recomendaciones, generalmente relacionados a la dimensión de juicio de la Palabra de Dios. Esto es un engaño. En verdad, los mandamientos son Palabra de Dios en su integridad.

Basta dar una ojeada a Éxodo 20:1-17, donde los mandamientos son dados por Dios a su pueblo en el Antiguo Testamento. Antes de los mandamientos propiamente dichos, Dios dice: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.” Por tanto, en la voluntad de Dios, expresada en los mandamientos, está la acción liberadora de su Palabra. En la fe, el pueblo cristiano del Nuevo Testamento comprendió este mensaje como algo dirigido al conjunto de la humanidad. La cruz y la resurrección de Jesucristo no son monopolio de un pueblo, porque acontecieron para todas las personas. Y Cristo resumió los mandamientos en dos: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas las fuerzas” y “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Marcos 12, 30 y 31).

Los mandamientos son la Palabra de Dios para la preservación de la creación. El orgullo y el egoísmo de los seres humanos representan una amenaza constante a la creación y a la

integridad de las personas. Ambos nacen de su incredulidad y de su falta de confianza en Dios. En otras palabras, nacen del pecado. Las personas creen que pueden mandar en el mundo, ignorando la voluntad de quien lo creó. Piensan que pueden enseñorearse sobre la vida y la muerte, en lugar de quien realmente da y quita la vida.

En esa realidad los mandamientos sirven para frenar, en las culturas y en las sociedades, el ímpetu destructivo del pecado y sus estructuras. Las leyes que permiten que Jorge sea puesto en prisión y apartado del convivir social, donde podría causar más víctimas, tienen inspiración en los mandamientos, en la voluntad de Dios. De igual modo, las iniciativas de la población para reducir las causas sociales de la criminalidad y de la marginalidad, se inspiran en los mandamientos de Dios. Todo esfuerzo humano para crear un ambiente de convivencia, basado en la justicia, para vivir en el mundo sin destruirlo, es reflejo de la voluntad de Dios, presente en sus mandamientos.

Comprendidos así, los mandamientos, efectivamente, salvan. Salvan a la creación del exterminio de las fuerzas terribles del mal. Sin embargo, las personas cristianas en particular, se relacionan todavía de otra forma con los mandamientos. Se aferran a la cruz y a la resurrección de Cristo, porque sienten y saben que de allí viene su salvación. No lo hacen por iniciativa propia, por ser mejores que las otras personas. Lo hacen porque creen. En la vivencia de la fe creada por el Espíritu Santo, perciben el mal y la injusticia que practican diariamente. Por eso miran los mandamientos como si fueran un espejo para revelar su faz de pecadores. De un lado, son pecadores y pecadoras, por actuar según su voluntad, guiados por el pecado. Del otro, a la vez, son justas y santas, pues movidas por la fe, reconocen su pecado y acogen la justicia realizada plenamente por Cristo, que cumplió toda la voluntad de Dios.

Los mandamientos no salvan si son contemplados y vividos fuera de la promesa liberadora de Dios en Jesucristo. En ese caso, lo que hacen es sumergir a las personas en la más terrible desesperación. Quien cree estar salvándose a sí mismo median-

te la observancia de los mandamientos llega, tarde o temprano, a una situación como la de Renato.

Por otro lado, los mandamientos salvan si las personas los experimentan en la perspectiva de la salvación que viene de fuera, del amor de Dios. En la fe, que abre sus ojos para ese amor, experimentan la verdadera libertad de quien ya no es condenado por no poder y no saber cumplir los mandamientos de Dios. En libertad, a su vez, son capacitados para vivir los mandamientos como preciosa orientación que les permita vivir en relación con Dios y las demás personas. Eso, sin duda, es lo que ocurre con Marisa.

Demos gracias a Dios de que en la Iglesia de Jesucristo jamás fueron olvidados los mandamientos. Los primeros cristianos llegaron, inclusive, a incluirlos en el catecismo, que es un resumen de las principales verdades cristianas. Y ello porque los mandamientos salvan la creación del exterminio por el pecado y sus estructuras; porque los mandamientos, en la fe en Cristo, muestran que no se puede producir la propia salvación; y porque en la libertad que nace de esa fe, los mandamientos orientan en la práctica del amor, en relación con Dios y con nuestros semejantes.

¿Qué es el cielo? ¿Qué es el infierno?

Ivoni R. Reimer

Las nociones de cielo e infierno forman parte de nuestro día a día. Como símbolos, usamos estas palabras para describir y calificar nuestras experiencias: “¡Estoy viviendo un infierno!”; “¡Vete al infierno!”; “¡El cielo no puede ser mejor que esto!” ¿Será que esas expresiones también reflejan el sentido bíblico? ¿Qué quiere decir la Biblia con esas palabras: “cielo” e “infierno”?

Comenzando por el infierno...

Una primera observación es que las lenguas bíblicas originales –hebreo y griego– usan palabras diferentes para hablar de aquello que nuestra Biblia traduce como “infierno”. Tenemos, por ejemplo, las palabras *seol*, *hades*, “lago de fuego” y *gehena*. Estas diferentes palabras revelan realidades diferentes. Veamos:

Seol y *hades* designan el mundo de los muertos. *Seol* es el término hebreo para caracterizar el “mundo de los muertos”, que se encuentra bajo la tierra y que comprende, indistintamente, a todas las personas muertas, sean buenas o malas. Es el abismo de las tinieblas y del silencio. Allí mueren inclusive el pensar en Dios y la alabanza a Dios. Hay salmos que refieren esa realidad (Salmos 6, 5; 30, 9; 115, 17). El problema comienza con la traducción de ese concepto a la lengua griega. Se traduce *seol* como la palabra griega *hades*. En portugués, como en español, *hades* es traducido por “infierno” (Mateo 11, 13; 16, 18; Lucas

16, 23) y por “muerte” (Hechos 2, 27, 31) citando el salmo 16, 10. En Apocalipsis siempre son mencionados, lado a lado, “muerte e infierno” (*hades*) (Apocalipsis 1, 18; 6, 8; 20, 13-14).

Sabemos que esa terminología fue heredada del judaísmo y que ese concepto cambió con el tiempo. Así, desde el siglo II ante de Cristo, para algunas escuelas rabínicas, y por causa de la fe en la resurrección, el “hades” es, después de la muerte, el lugar del descanso y de la paz temporales para las personas que creen en Dios; en cambio, para los impíos, es el lugar de castigo temporal hasta el fin del juicio. Para otras corrientes rabínicas, en razón de su creencia en la inmortalidad del alma, el *hades* no significa nada para las personas que creen en Dios, puesto que sus almas pasan, después de la muerte, a la felicidad y gloria celestiales.

Esas interpretaciones también están presentes en el Nuevo Testamento. En Lucas 16, 19-31 tenemos la información de que el rico, que en vida no practicó misericordia y justicia, va para el *hades*, en el sentido de castigo temporal, aguardando el juicio final; el pobre Lázaro, en cambio, es llevado por los ángeles hacia el regazo de Abraham. El rico y el pobre no se encuentran en el mismo lugar después de la muerte, siendo que el rico ve a Abraham y al pobre Lázaro “a lo lejos”. En esa comprensión de Lucas, las personas justas participan de la gloria de Dios después de la muerte. En Apocalipsis 20, 13-14, al contrario, todas las personas muertas se encuentran en el *hades* hasta ser juzgadas. Al final viene la victoria de Cristo, que tiene las llaves de la muerte y del *hades* (Apocalipsis 1,18). Esta victoria de Cristo es promesa para la vida de la Iglesia, puesto que “las puertas del Hades no la dominarán” (Mateo 16, 18).

Además, el Credo Apostólico menciona exactamente el *hades* como un espacio hacia el cual también descendió Jesús después de su muerte, exactamente para demostrar la humanidad del Hijo de Dios. Solamente después, se afirma que Jesús resucitó de entre los muertos. La muerte y el *hades* están vencidos en Cristo. Y, en el juicio final, la muerte y el *hades* son lanzados al “lago de fuego” (*lymne tu pyrós*), que corresponde a la segunda muerte, al *gehena* (Apocalipsis 19, 20; 20, 10; 14, 15; 21, 8).

Gehena designa el infierno eterno

La palabra *gehena*, que en portugués es traducida por “infierno”, es usada en Mateo 5, 22; 29, 30; 10, 28; 18, 9; 23, 15,33; Marcos 9, 43; 45, 47; Lucas 12, 5 y Santiago 3, 6. La palabra *gehena* comienza a usarse en el siglo II a. C. en la literatura apocalíptica judaica. Se refiere a un lugar específico en Jerusalén y expresa una situación también específica, ya conocida desde tiempos antiguos. Se trata del Valle de Hinom, al sur de Jerusalén. Allí, conforme a la tradición del Antiguo Testamento, los reyes Acáz y Manasés sacrificaron a sus hijos en sus prácticas idólatras, haciendo que el pueblo les siguiera en esa práctica (véase Josué 15, 8; 2 Reyes 16, 3; 21, 6). El rey Josías luchó contra la práctica del sacrificio de los hijos por los padres en el Valle de Hinom (2 Reyes 23, 10). Los profetas Isaías y Jeremías recuerdan el juicio de Dios sobre los acontecimientos, denunciando la práctica de sacrificios: los padres quemaban a sus hijos y a sus hijas en sacrificio a Moloc, “cosa que yo no les mandé ni me pasó por la mente” (Jeremías 7, 31; véase también Jeremías 19,5-6; Isaías 31, 9; 66, 24).

El “horno” que está en Jerusalén se refiere a esa práctica de sacrificio, durante la cual se tocaban címbalos para atenuar los gritos de los niños sacrificados, a fin de que no fuesen oídos por el pueblo. El fuego y el resonar de los címbalos evocan el recuerdo de ese sacrificio de matanza de niños y niñas. ¡Éste es el “infierno”!

Hasta hoy los medios de comunicación y el arte, que intentan esconder la realidad de la muerte llamando la atención más sobre sí mismos que sobre esa realidad, continúan haciendo el papel de aquellos címbalos.

Esa realidad infernal, denunciada en los libros históricos y por Isaías, y el significado de ese valle de sacrificio en el imaginario histórico del pueblo de Israel, fueron motivo para que, a partir del siglo II a. C., el Valle de Hinom se convirtiera en símbolo del fuego del infierno, después del juicio final. Lo anterior también vale para el uso que se hace en el Nuevo Testamento de la palabra “gehena”.

El infierno se manifiesta ya, ahora

Jesús conoce la severidad con que Dios juzga el pecado y esa convicción la transmite cuando, en el Sermón de la Montaña, dice que quien profiera palabras de insulto u ofensa contra su hermano o su hermana está sujeto al “infierno de fuego” (*gehena* – Mateo 5, 22). Santiago 3, 6 profundiza esa afirmación de Jesús cuando dice que el infierno (*gehena*) inflama la lengua de quien profiere maldiciones o amargura contra las personas.

Toda angustia, amenaza, presión u opresión son vivencias humanas infernales, también en el sentido de que generan una situación de muerte. En este sentido, Martín Lutero, interpretando el sexto mandamiento, hace referencia a Mateo 5, 20-26, y dice que “donde se prohíbe matar, ahí se prohíben todas las causas que puedan dar origen al homicidio” (*Catecismo Mayor*). Por consiguiente, para él, tanto practicar el mal cuanto omitir la práctica del bien, tienen su origen en el diablo y, contra eso, Dios pronunciará su sentencia de “fuego eterno” en el día del juicio final, conforme a Mateo 25, 41. Por esto conviene resistir el poder del diablo, para que el infierno no determine nuestra vida, ahora y eternamente.

¡Necesitamos del cielo!

Así como en relación con el infierno, también con relación al cielo hablamos de un lugar específico, que se transforma en símbolo para expresar nuestras experiencias y deseos. Asimismo, la Biblia habla, en forma diferenciada, sobre el cielo.

El cielo como parte del mundo

La Biblia habla del cielo de manera cosmológica, es la parte de la cima del mundo que consiste en tierra (mar) y cielo (Éxodo 20, 11; Génesis 2, 1-4). El cielo es entendido como firmamento, un sustentáculo que asegura las extremidades del mundo, y donde están localizados los astros; (Hebreos 11, 12) como un espacio de aire donde vuelan los pájaros. (Mateo 6, 26) Para hablar del infinito se usa la imagen de los “cuatro puntos

del cielo” (Jeremías 49, 36) o de la inacabable altura del cielo (Deuteronomio 30, 12; Proverbios 30, 4).

El cielo como lugar de la presencia de Dios

Todavía más relevante que la noción cosmológica, es la tesis teológica sobre el cielo: Dios creó el cielo, que es su trono (Génesis 1, 1; Isaías 42, 5; Salmo 33, 6). Así, al lado del Sinaí, del templo y del arca de la alianza, el cielo es morada y espacio de la soberanía y reinado de Dios (Deuteronomio 4, 36; 26, 15; Reyes 8, 30-53). Por eso, del cielo vienen bendición y castigo (Deuteronomio 33, 13; 1 Reyes 8, 35-36).

Con esa comprensión teológica acerca del cielo como morada de Dios, la fe judeo-cristiana se distancia de otras religiones que adoran el cielo como divinidad. El cielo es creación de Dios y no divinidad que debe ser adorada. Esa es la reflexión teológica esclarecedora, que proviene principalmente de los textos deuteronomícos.

Como en el Antiguo Testamento, también en el Nuevo Testamento el cielo tiene una dimensión de poder divino. Es el espacio donde Dios mora y gobierna; (Mateo 5, 34; Hechos 7, 48-49; Apocalipsis 4, 5; 11, 13); es el lugar de donde proviene el Espíritu, la voz y la ira de Dios (Marcos 1, 10-11; Romanos 1, 18); es allí donde el diablo es primera y definitivamente vencido por Dios (Apocalipsis 12, 7-12; Lucas 10, 18); es allí donde Jesús resucitado está sentado a la derecha de Dios Padre, y de donde volverá (Marcos 14, 62). La resurrección de Cristo hace posible su regreso y nuestra resurrección (1 Tesalonicenses 1, 10; 4, 16-17). Es Cristo quien nos revela el cielo y lo vuelve accesible para nosotros.

Hablar del cielo es hablar al mismo tiempo de Dios, y viceversa. Cielo y tierra forman un conjunto inseparable, por ser creados por Dios. Es verdad que bíblicamente el cielo, por ser morada de Dios, tiene una supremacía en relación con la tierra, y que refleja también la relación de Dios como Señor y creador para con sus criaturas. Pero desde la encarnación de ese Dios en la historia humana, a través de Jesucristo, también la tierra es su

morada, puesto que Él vino a habitar entre nosotros (Juan 1, 14) y construyó su Reino de los cielos aquí, entre nosotros y con nosotros en la tierra (Mateo 3, 2; 4, 17; 10, 7; 19, 14).

“Así en la tierra como en el cielo”

Queremos ver más a fondo esa relación cielo-tierra, porque es relevante para nosotros tanto hablar de Dios como hablar del ser humano. Hay varios niveles en esa relación:

- 1) El cielo fue creado por Dios juntamente con la tierra (Hechos 4, 25; Apocalipsis 10, 6; 14, 7). El pecado y la injusticia hacen brotar clamores y esperanzas por un nuevo cielo y una nueva tierra. La creación de un nuevo cielo y de una nueva tierra, como realización de la promesa profética de Isaías (65, 17; 66, 22), corresponde a la primera creación de cielo y tierra, donde ahora no habita más la injusticia, sino la justicia (2 Pedro 3, 13). También la nueva creación es obra de Dios. (Apocalipsis 21, 11)
- 2) En consecuencia, tanto la tierra como el cielo se encuentran bajo el poder y reinado de Dios (Mateo 5, 34-35; 11, 25). Esto se manifiesta ya ahora, y de manera definitiva, en la vuelta del Hijo del Hombre (Marcos 13, 27).
- 3) Especialmente a través de Jesucristo es que cielo y tierra adquieren una nueva relación mutua. El himno cristológico en Colosenses 1, 15-20, afirma el universo como cuerpo de Cristo. Todo lo que existe en el cielo y en la tierra le pertenece, y a través de Él está reconciliado. Eso significa que, por causa de la salvación realizada por Cristo, no hay otra grandeza que gobernará cielo y tierra definitivamente. Los poderes opuestos a Dios causan muerte y sufrimiento, pero no tienen la última palabra, son pasajeros y ya están condenados, porque Cristo ya venció todos los sistemas de muerte (Juan 16, 33). Viviendo en Cristo, ya en la tierra, experimentamos la realidad del cielo, pues el profundo deseo de Dios y nuestro es que su voluntad sea cumplida “así en la tierra como en el cielo” (Mateo 6, 10).

El cielo refleja todas las situaciones en que se cumple la voluntad de Dios y se manifiesta su proximidad. El infierno es la contrapartida, o sea, donde no se opera la voluntad de Dios, donde se manifiesta la distancia de Él.

¿Existen los ángeles?

Martín N. Dreher

¿Existen los ángeles? ¡Sí! Aunque se diferencian fundamentalmente del concepto de ángeles que encontramos en la actualidad. Al final del siglo XX se ha tratado mucho sobre ángeles y libros de meditación centrados en los ángeles. Si antes se daban como regalo gnomos y brujillas, ahora está de moda regalar ángeles, que pueden ser adquiridos en almacenes especiales.

Los ángeles de que habla la Biblia tienen poca o ninguna semejanza con los ángeles de la actualidad. En la Biblia los ángeles vienen, van o no están ahí. Son como una estrella incandescente. Se encienden, se apagan y dejan que Dios brille. No tienen historia. En Jueces 13, 1-4, es llamado ángel un ser que habla con Manoa y su esposa. Puede ser llamado “ángel” o “hombre de Dios”. Al final de la Biblia, en Apocalipsis 19, 5-10, se señala expresamente que no se debe adorar a los ángeles. También en Génesis 18, 1-15 y Lucas 1, 26-38, o en los relatos de la mañana de Pascua, los ángeles no tienen autonomía. Ellos sólo existen a causa de un mensaje. Hasta el nombre de Gabriel, que trae el mensaje de Dios a María, significa “Dios mostró que es fuerte”.

Así como ninguno de nosotros adora a “Ángelo” o “Ángela”, forma españolizada de “ángel”, ninguno de nosotros adora al cartero, que es un “ángel”, un transportador o mensajero. El ángel de la Biblia existe en razón de sus mensajes.

Solamente a partir del final del siglo IV, cuando todas las personas tuvieron que volverse obligatoriamente cristianas, se

comenzó a adorar a los ángeles. Esas personas venían de religiones para las cuales el universo estaba repleto de ángeles y demonios. Además, cada pueblo tenía su propio ángel, que luchaba por él en las batallas. El apóstol Pablo condenó, expresamente en Colosenses 2,18, ese concepto de ángeles y demonios. Mientras menos la Iglesia preconizaba a Jesucristo, en el cual Dios se nos muestra tal como es, más ángeles pasaron a tener una importancia mayor, en una concepción que podría considerarse como pagana, no originaria de la fe judeocristiana.

El ángel bíblico no es medio-gente, medio-animal. No tiene alas, tampoco ropas especiales. Sólo tiene un mensaje. Anuncia que hay espacios protegidos por Dios. Hay espacios que Dios reservó y asegura para nosotros como prueba de su amor (Génesis 3, 22-24). De ese amor nada nos puede separar... Ni siquiera los ángeles (Romanos 8, 38).

Una característica del ángel bíblico es su alegría: “Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepienta” (Lucas 15, 10). No son sombríos, son hermosos a causa del mensaje. Se alegran porque Sara va a tener un hijo, porque Hagar será protegida, porque María tendrá un hijo. “Hoy nos nació el Salvador”, anuncia el bello mensaje de los ángeles en la noche de la Navidad. “¿Por qué buscan entre los muertos a aquél que vive?”, pregunta, en la mañana de Pascua, el ángel joven a las mujeres.

Estas reflexiones bíblicas las encontramos también en Lutero. En 1530, 1531 y 1544 Lutero predicó el 29 de setiembre, día del ángel Miguel. En su predicación se negó a hablar sobre el ángel. Así mismo se negó a celebrar la fecha como un día de fiesta por un ángel. El 29 de setiembre era para Lutero día de la fiesta de Dios, que creó los ángeles para que reconozcamos el servicio que nos brindan, y para que agradezcamos al Creador. Es por esta razón que en los escritos confesionales luteranos, especialmente en los Artículos de Esmalcalda se prohíbe la adoración y la veneración a los ángeles.

Gracias, mi Padre celestial,
Por Jesucristo, tu Hijo amado,
Gracias que me guardaste con bondad
En este día;
Y te pido perdón por los errores
E injusticias que cometí hoy.
Cuida de mí en esta noche con tu misericordia.
Pongo todo en tus manos,
También mi vida
Mi cuerpo,
Mi alma.
Tu santo ángel esté conmigo,
Para que nada malo me acontezca a mí. Amén

(Martín Lutero)

¿Qué es el pecado?

Harald Malschitzky

La época actual recibe el nombre de postmodernidad. Pensándolo bien, esto solamente afirma que estamos viviendo luego de un período que se denominó modernidad. Pero ello no nos exime de la tarea de encontrar una designación adecuada para caracterizar a un tiempo de pérdida de valores y de conceptos. Que hay pérdida de valores se expresa en los siguientes ejemplos: ¿Cómo se maneja la fidelidad en el matrimonio? ¿Cómo se trata la vida de otro? ¿Cómo se “convive” en el transcurso de cada día? ¿Qué significa honestidad? ¿Qué significa legalidad y responsabilidad en la política, en el trabajo, en el diario vivir? Las preguntas hablan por sí solas. Lo importante soy yo y mi propio bienestar, mi propio progreso, mi propia posición social. Las siguientes son las palabras de un muchacho de diez años que entró en una escuelita de fútbol: “Quiero ser jugador para tener dinero, carro importado y mujer” (entrevista televisada).

No es de extrañar que, en esta realidad, la palabra pecado sea considerada como anticuada, como una palabrería religiosa sin mayor relevancia. De hecho, si la gente busca en la Biblia una definición teórica de pecado, difícilmente hallará la respuesta. Casi siempre el pecado tiene explicación en acontecimientos, en situaciones de relación del ser humano con Dios y con sus semejantes, es decir, en su interrelación. El ser humano (hombre o mujer) se entrega al capricho de querer ser igual a Dios y crea un mundo de problemas para la relación más hermosa e íntima que puede existir entre hombre y mujer (Génesis 3). Estos pro-

blemas marcan el relacionamiento hasta nuestros días. O en plena celebración de acción de gracias, la competencia y la envidia llevan al asesinato del hermano (Génesis 4) y a una disculpa tan inconexa como es la de la postmodernidad: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4. 9b).

La historia de Israel (y también nuestra propia historia) está llena de ejemplos de cómo la relación limitada que se tiene con Dios, lleva a una relación limitada entre los seres humanos. Los profetas siempre pusieron el dedo en esa llaga.

El ser humano, en su naturaleza, está poseído por el pecado, que le hace ver sólo para sí mismo, colocando a su servicio al mundo, al semejante y al propio Dios. Podemos decirlo también de otra manera: el primer pecado del hombre, del cual nacen los demás, es haber tomado un rumbo equivocado para su vida, un rumbo distante de Dios (a pesar de que lo llame Señor) y, siguiendo esa trayectoria, él va sembrando desgracias. Olvidando a Dios, su creador, deja de ver a los otros como criaturas de Dios. En este rumbo errado, los únicos valores que interesan son aquellos que le proporcionan alguna ventaja. Con esta interpretación, el pecado adquiere otro aspecto más: el de la omisión. Porque el ser humano mira sólo para sí mismo, prefiere cerrar los ojos y cruzar los brazos ante la injusticia y el sufrimiento de los otros. Además, el pecado ocurre en prácticas religiosas, muchas veces hasta fomentadas por las iglesias. En estas prácticas, cada uno busca su propia salvación y sus propios intereses religiosos.

El advenimiento de la postmodernidad, que nivela y relativiza los valores y la relación con Dios (lo que no significa que nuestro tiempo sea ateo), desafortunadamente no elimina el pecado. Muy por el contrario, la postmodernidad no tiene sensibilidad para el pecado y aumenta el sacrificio causado por él.

El testimonio bíblico muestra que Dios no es indiferente al pecado humano. En acciones sucesivas, pero especialmente y de una vez por todas en Cristo, Dios se coloca en la trayectoria errada del ser humano y, asumiendo el sufrimiento hasta la muerte, pone a este ser humano en otra dirección, ayudándole a ver toda

la creación y la humanidad “con los ojos” de Dios, antes que los de su egoísmo. Con los ojos así abiertos, el ser humano se da cuenta del pecado y del mal que éste causa. Ya no más abandono. Ahora se preocupará constantemente por el proyecto de Dios para sus criaturas y celebrará, con los hermanos y hermanas, el amor de ese Dios que perdona y da una nueva oportunidad.

Sería miope decir que, en nuestro tiempo, nadie busca valores capaces de fundamentar bien la vida. De hecho, hay importantes esfuerzos en esa dirección. ¿De qué forma cristiana podemos contribuir, desenmascarando el pecado, a encontrar el rumbo para una vida digna?

¿Puede una persona ser poseída por el demonio?

Nélio Schneider

“¿Usted es de Dios o del diablo?” Recuerdo que, recién salido de la enseñanza confirmatoria, fui confrontado con esa pregunta. Está claro que yo no iba a decir que era del diablo. Pero en aquella época tampoco sabía, a ciencia cierta, si era de Dios. ¿Quién estaba de hecho dominando mi vida? También la pregunta puede ser formulada de otra forma: ¿al servicio de quién está usted? Martín Lutero tenía una respuesta bastante drástica para eso: la persona es como un caballo que siempre está cabalgado por Dios o por el diablo. Esto significa que, sin saber o sin querer, está siendo dominada o por el bien, o por el mal.

Naturalmente, hay personas que niegan la existencia del diablo y de los demonios, así como hay aquellas que niegan la existencia de Dios y de los ángeles. Pero creo que esta es la idea menos representativa. La concepción más común es aquella que ve el mal en sus diferentes expresiones como resultado de la actividad de un ser que, intencionalmente, procura perjudicar y dificultar la vida humana. Es un adversario de Dios, un enemigo que amenaza la vida y la salvación humana.

El nombre de esa figura puede variar: demonio, diablo, Satanás, Belcebú. Pero la idea es la misma: el diablo es responsable del mal, de la enfermedad y del sufrimiento. Se asegura que el diablo puede apoderarse de la persona, para que siempre practique el mal.

Hay hasta quien tiene más conciencia de la acción del diablo que de la acción de Dios, más miedo de aquello que el diablo puede hacer de malo, que la confianza en aquello que Dios puede hacer de bueno. El diablo está escondido en cada rincón, esperando para hacer tropezar a alguien. De todo hecho negativo se dice: “Eso es cosa del demonio”.

Pero, ¿es verdad que el diablo tiene tanto poder? O mejor: ¿puede ocurrir la posesión demoníaca sin que yo lo permita? ¿Cuál es mi responsabilidad en ese asunto? ¿En dónde queda Dios en esa historia?

Vamos a presentar una respuesta a estas interrogantes partiendo de textos bíblicos del Evangelio de Marcos: Marcos 1, 21-34; 5, 1-20; 9, 14-31; Marcos 3, 14 y Mateo 10, 1; y Marcos 3, 20-30.

La Biblia presupone la existencia de agentes responsables del bien y del mal. Así como Dios puede tomar cuenta del ser humano y llevarlo a practicar el amor a sus semejantes en todas las formas posibles, así también el diablo puede posesionarse de la persona y convertirla en instrumento de sus malos propósitos. Así como existe una posesión divina, también existe una posesión demoníaca.

Tomando especialmente el texto de Marcos 3, 10-20, podemos afirmar lo siguiente:

- a) Podemos constatar que una parte importante del ministerio de Jesús consistía en la expulsión de demonios que se posesionaron de las personas (v. 22; Mateo 4, 23-24). Ni los adversarios de Jesús lo negaron. El mensaje evangélico del Reino de Dios tendía a liberar a las personas de la predisposición a servir al mal, y reorientar sus vidas hacia la práctica de los valores del Reino: paz, justicia y amor.
- b) Esa actividad de Jesús demuestra que Dios es más fuerte que el diablo y que, en Jesús, Dios ya venció el poder del mal. Jesús se compara con aquél que entra en casa del hombre fuerte, lo amarra y saquea sus bienes (v.27). Esto significa que Él debe tener mayor fuerza que el hombre fuerte, de lo contrario, ¿cómo podría sujetarlo? Con su actividad, Jesús mostró que el Reino de Dios ya superó el reino de Satanás.

- c) Pero eso no estaba claro para todas las personas. La actividad de Jesús podía ser interpretada de diversas formas. Los adversarios de Jesús decían que Él expulsaba a los demonios porque era el jefe de ellos (v.22). Hasta los familiares de Jesús pensaron que se había vuelto loco (v.21). Esto quiere decir que el asunto sólo se clarifica a los ojos de la fe. Es necesario tener la lógica de Dios para poder encarar las cosas desde la perspectiva de Jesús.
- d) Ni siquiera por esa actitud Jesús acusó de ser del diablo a sus familiares o a sus adversarios. Él simplemente decía que la acusación de ellos no tenía ninguna lógica. El diablo no sería tan tonto al extremo de generar conflictos y contradicciones en sus propias filas. Eso lo debilitaría más. Pero es claro que acusar a Jesús de tener un espíritu malo significaba rechazar, conscientemente, el espíritu que se manifestaba a través de Él, o sea, el Espíritu de Dios. Blasfemar contra el Espíritu de Dios, es un pecado que no tiene perdón (v. 26-29), no tiene nada que ver con un acto involuntario: es un acto de rechazo consciente de la acción del Espíritu de Dios, que se manifiesta en Jesús.
- e) Concluyendo: nada de esto ocurre involuntariamente, o aparte de la responsabilidad humana. Para que Jesús se quede presente en la vida de la persona, es preciso invitarlo, permitir que Él tome posesión del espacio, y reorganizar todo en función de los valores del Reino de Dios. Así también sucede con la posesión demoníaca: para que el diablo entre en la persona es necesario invitarlo, permitir que tome posesión de ella y la use como instrumento de sus propósitos.

Es importante decidir de qué lado está la gente. Y aunque nuestra realidad parece desmentirlo, podemos tener confianza absoluta en lo siguiente: Dios es más fuerte que el mal, y Él, en Jesucristo, de hecho, ya venció en la guerra contra el mal.

¿Quién es santo, quién es santa?

Wanda Deifelt

Hablar de santos y santas en Brasil no es novedad. Nuestro lenguaje está lleno de expresiones que hacen referencia a ellos. Se acostumbra a decir de alguien que tiene una reputación cuestionable, que “no es ningún santo”. También se dice, cuando alguien no tiene mucho respeto entre los suyos, que “santo de casa no hace milagros”. Nuestra cultura se apropió del tema de la santidad pero, dentro del cristianismo, la definición de quien es santa o santo es un poco diferente.

Es necesario reconocer, primeramente, que no es sólo en el cristianismo que existen santos. También en otras religiones (judaísmo, budismo, islamismo) hay hombres y mujeres que se destacaron por sus obras en favor de la fe, por su ejemplo de vida y su dádiva en favor de una religión, y que son venerados después de su muerte. Santas son aquellas personas puras, exentas de mancha, de excelente carácter, que pueden servir de modelo religioso para otras.

Compartimos con otras religiones la siguiente idea: el hecho de que alguien sea sabio y heroico no implica santidad. Una mujer o un hombre pueden ser éticamente sin falta, cumplir todas las leyes, pero esto no quiere decir que sean santos. Es por su amor a Dios y su profunda convicción de fe, que un ser humano se despoja de sí mismo o de sí misma, practicando el bien sin esperar recompensa, y dando de sí en beneficio de una causa mejor.

En el comienzo del cristianismo eran consideradas santas sólo aquellos que habían muerto como mártires. Eran personas perseguidas, torturadas y, muchas veces, asesinadas por su convicción de fe, bajo el poder del Imperio Romano. Pablo relata que han sido perseguidos muchos santos y se los ha dejado en prisiones (Hechos 26, 10). Estas personas daban testimonio público de su fe en Jesucristo, enfrentando adversidades y peligros, muriendo en confirmación de su fe. Reconocidas como santas por decisión episcopal, se autorizaba la veneración de sus reliquias y la celebración de misas sobre sus tumbas, desde los primeros siglos del cristianismo.

En el siglo IV pasaron a ser santas también las personas que contribuyeron a la edificación de la comunidad cristiana, y en cuyas tumbas ocurrían milagros. La constatación oficial del milagro estaba a cargo de una autoridad eclesiástica local, que registraba el nombre del santo o de la santa en un catálogo, un canon, lo que dio origen al término “canonización”. Una vez canonizada, había el reconocimiento oficial de esa persona como santa.

Con el pasar del tiempo ocurrieron muchos abusos y, en 1170, el Papa Alejandro III declaró que solamente Roma podría canonizar a un santo. Este proceso fue minuciosamente reglamentado en los 142 cánones del Código de Derecho Canónico. En 1634, Urbano VIII prohibió que se prestase culto a aquellos santos que no fueran reconocidos oficialmente por la Iglesia, y estableció las condiciones necesarias —inclusive número mínimo de los milagros realizados— para que una persona venerada por el culto popular pudiese ser beatificada, y después canonizada.

El período de la Reforma protestante, en el siglo XVI, es conocido por su crítica al abuso que existía en relación con el culto a los santos. La veneración de reliquias, las peregrinaciones a los túmulos, la invocación a los santos como interlocutores ante Dios, fueron objeto de muchas palabras ásperas de parte de Lutero y otros reformadores. La vida de las santas y de los santos, como modelo de inspiración para la cristiandad, fue ofuscada por una teología de intermediación. Se creía que los santos

habían obtenido en el cielo la recompensa prometida a los que habían observado las leyes religiosas. Estando en el cielo, gozaban de privilegios especiales, y podrían interceder, junto a Dios, en favor de los fieles. Estos, a su vez, hacían oraciones, promesas y peregrinaciones para garantizar su salvación.

¡Tamaño poder fue atribuido a los santos que, con el pasar del tiempo, fueron considerados como padrinos de parroquias y naciones! Los santos también fueron invocados como guardianes de los días del año. Para cada día hay uno o más santos, con el propósito de ayudar y proteger. Más conocida entre nosotros es la identificación de santos como protectores de causas o profesiones específicas: San Cristóbal como protector de los viajeros porque, según la leyenda, un día tuvo que transportar al Niño Jesús sobre los hombros, para atravesar un río; San Antonio, como santo casamentero, y así sucesivamente. En la cultura popular, el homenaje a los santos a veces incluye supersticiones.

En el protestantismo no se reverencia a los santos, pues la santidad no puede ser alcanzada por esfuerzos humanos. Antes es cualidad de Dios, que es santo. Siendo Dios el santo por excelencia, todas las personas que le pertenecen son consideradas santas (Levíticos 11, 44). Por la venida de Jesús, “el Santo de Dios” (Juan 6, 69), la santidad es posible no por el mérito del cumplimiento de las leyes, sino por la gracia. Todas las personas bautizadas forman parte de la comunión de los santos y la santificación se da por la fe, que es un obsequio de Dios. La gracia no exime a la cristiandad del cumplimiento de las leyes, ni descarta su responsabilidad ante Dios y el prójimo. Al contrario, la fe lleva las buenas obras, pero estas obras no son una conquista humana. Es la gracia de Dios, por la fe que actúa por medio de nosotros y nos convierte en santos y santas.

Hay una distinción entre virtud y santidad. En la virtud, el bien es hecho por deber, por obediencia a la ley. En la santidad, el bien es alcanzado por intermedio del amor. Por eso Lutero era tan enfático al hablar de la justificación por gracia y fe. El ser humano jamás sería capaz de hacer el bien por amor, sin esperar una recompensa, si no fuera por el amor de Cristo (Gálatas 2.16-

17). Nosotros amamos porque alguien nos ama primero. Las y los cristianos son libres de todas las cosas por la fe, y servidoras de todos por el amor.

Ser santo y santa es una posibilidad al mismo tiempo próxima y distante de los seres humanos: por el bautismo ya experimentamos la santificación, pero la realidad del pecado hace que cada día tengamos que pedir perdón y recomenzar. Ya somos santos en parte, por nuestra vivencia en la comunidad en Cristo, pero todavía no podemos vivir plenamente esa realidad. Somos llamados continuamente a ser santos (Romanos 1, 7). Esta santidad se traduce en las palabras de Pablo, en Efesios 2.19: “Por eso ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios”.

¿Qué es el ecumenismo?

Gottfried Brakemeier

¿Quién puede informar con precisión el número de iglesias que existen en el Brasil? No hay estadísticas al respecto. Algunas iglesias se destacan, como la Iglesia Católica, la Luterana, la Metodista o la Anglicana. En los últimos años llaman la atención especialmente las iglesias pentecostales, entre las que podemos mencionar a la Asamblea de Dios, la Iglesia del Evangelio Cuadrangular, la Iglesia Universal del Reino de Dios. Pero nadie es capaz de hacer una estadística exacta de la gran variedad de grupos religiosos que se confiesan cristianos en este país y en el mundo.

¿Está Cristo dividido? Esa es la pregunta que el apóstol Pablo dirigió a los partidos que se habían formado en la comunidad de Corinto (1 Corintios 1,13). La rivalidad, en nombre de Jesús, es siempre un mal. Desacredita el mensaje del Evangelio. Jesús intercedió por los discípulos, para que todos fuesen uno (Juan 17.21). Quiso una sola Iglesia en todo el mundo. Consecuentemente, confesamos en el Credo Apostólico: “Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Universal”. En efecto, hay “un solo cuerpo (= de Cristo) y un solo Espíritu... un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos” (Efesios 4, 4-6).

El escándalo de la división se agravó con el avance de la globalización. Cristianos de confesiones diferentes viven cada vez más próximos unos de otros. Se mezclan las denominaciones. Se confrontan en los campos misioneros. Se enfrentan con

los mismos problemas locales, nacionales o mundiales. De ahí nace el movimiento ecuménico moderno. Se fundamenta en la conciencia de que es imperioso colaborar, en vez de combatir; sumar, en vez de dividir; buscar el consenso y no el conflicto. Esa conciencia, que despertó en el siglo XIX, va creciendo y produce un nuevo clima en las relaciones entre las iglesias. Se expresan en gran número de iniciativas y organizaciones ecuménicas, nacionales e internacionales. El *ecumenismo* es el empeño por la comunión entre el pueblo cristiano.

Pero hay fuertes obstáculos que vencer. El esfuerzo ecuménico suscita desconfianza y plantea preguntas críticas. ¿Cuál es el objetivo final? ¿Es que acaso se pretende crear una mega-iglesia, con una sola estructura global? ¿Será permitido nivelar las diferencias en la doctrina? ¿Dónde queda la verdad? El ecumenismo es considerado peligroso por no poca gente. Provoca temores. Podría poner en riesgo la propia identidad, exigir renunciaciones, especialmente en términos de poder, podría relativizar la fe. Todas estas interrogantes deben ser tomadas en serio. Pero, ¿podrían ellas justificar el “antiecumenismo” o el “fundamentalismo religioso”?

El ecumenismo no es algo opcional. Forma parte de la naturaleza de la Iglesia. El mandamiento del amor no permite la conformidad con la discordia entre los creyentes, sino que insiste en la reconciliación y la paz. Además, es obvio que el fraccionamiento debilita a la cristiandad, le resta energías. La flagrante crisis de la misión cristiana se debe, en buena medida, a las divisiones internas de la Iglesia.

Los cristianos son llamados a aprender a “comulgar” también con miembros de otras denominaciones. Pero la comunión no exige la uniformidad. El cuerpo de Cristo se caracteriza por la variedad de sus miembros. Por lo mismo, la existencia de varias iglesias no debe ser motivo de escándalo si ellas son capaces de cooperar. Las diferencias deben reconciliarse, siempre fieles al fundamento común, que es el Evangelio. Pues, en verdad, existe una sola Iglesia: la Iglesia Evangélico-Católica de Jesucristo. En esta Iglesia nosotros creemos, aunque no la vea-

mos. Ella sobrepasa las denominaciones y reúne a los verdaderos creyentes. Sólo Dios los conoce. Esa Iglesia auténtica frecuentemente se torna visible por la predicación y los sacramentos, por la vivencia de la fe y las obras del amor. El ecumenismo es el esfuerzo por contribuir a la visualización de esa “comunidad de los santos”.

¿Cómo será la espiritualidad en nuestro siglo?

Roberto E. Zwetsch

En el Brasil, la religión es como el pan de cada día. En los barrios, en cada esquina, hay una Iglesia, un centro para servicios religiosos (consultas, auxilio en situaciones de crisis, ofertas de curación). Hay mucha religiosidad en nuestro pueblo.

No obstante, hemos salido de un siglo profundamente ambiguo y cruel con la humanidad, en medio de una verdadera crisis de la civilización. Los problemas son de orden universal. No hay perspectivas de solución fácil en el horizonte. De nada sirve engañarnos con las conquistas de la técnica y de la ciencia.

¿Cómo será, entonces, la espiritualidad cristiana en este nuevo siglo, en un tiempo de cambios vertiginosos, de globalización excluyente, de un mundo ecológica y humanamente sufriendo? La pregunta es pertinente y hasta irritante. Voy a ensayar una respuesta.

Desde los tiempos de la comunidad primitiva, el cristianismo siempre vivió en lucha con las estructuras del mundo y consigo mismo. La vida cristiana nunca fue ni será una falsa paz de cementerio. El apóstol Pablo nos anticipó que la vida cristiana es combate, es profecía, es lucha (1 Timoteo 1, 18s; 2 Timoteo 4, 7; Romanos 12,1s; Filipenses 1, 27-30). Pero, ¿cómo conseguir la paz consigo mismo y con una razonable posibilidad de no ser sumariamente derrotado?

Pienso que la espiritualidad cristiana en este nuevo siglo exigirá coherencia y compromiso. Para comenzar el diálogo, se-

ñalemos que la espiritualidad es la vivencia cristiana bajo el dominio del Espíritu de Cristo, a partir de su cruz, al servicio de su Evangelio. Esta espiritualidad es un camino hacia la fe, la esperanza y el amor. En tanto que tal, la espiritualidad es una experiencia de cuestionamiento o crisis constante, que nos enfrenta con nosotros mismos y con las estructuras de este mundo. Por eso se dice que la auténtica espiritualidad cristiana se confunde con nuestra vida personal y no podemos encontrar sosiego. Antes requiere del auto examen o del arrepentimiento y de un retorno hacia Aquel que nos llama, de modo que nuestros ojos, una vez libres y amorosos, puedan ver más allá del muro que rodea nuestra casa, edificio o iglesia.

Sólo así aprenderemos a sentir en la piel el dolor de las otras personas, en quienes Cristo se acerca a nosotros, en forma oculta (Mateo 25, 35s). Esto es vivir la solidaridad, el amor y la compasión. En este sentido, la espiritualidad cristiana puede ser definida como la vivencia de las personas llenas de gracia por Dios en Cristo⁹.

Desde este punto de vista resultan tres características que sobresalen en la vivencia de la fe cristiana. La primera es que semejante espiritualidad será siempre una experiencia más de Dios. Las personas que buscan respuestas religiosas para sus problemas no se conforman con afirmaciones de fe puramente racionales o psíquicas. Ellas desean vivir y experimentar la fuerza del Espíritu, que sólo el propio Dios puede conceder. El anuncio del Evangelio y la vivencia de la fe irán exigiendo que haya más y más personas con la experiencia en sus vidas del Espíritu del Evangelio. Se trata de personas interiormente convencidas del amor de Cristo y humanamente decididas a seguir los pasos de Jesús de Nazaret. Ahora es bueno insistir en que esa experiencia no es fruto de la obra humana, ni puede ser controlada por ella. Es una experiencia de Dios, y así continuará siendo. Pues, como afirma Juan, el Espíritu sopla donde quiere, y quien no nace del agua y del Espíritu, ¿cómo verá el Reino de Dios? (Juan 3, 58).

Otro aspecto de la espiritualidad cristiana es la experiencia de seguimiento, de discipulado. Esta característica se acentuará sobre todo en un mundo marcado por el pluralismo religioso, por la banalización de la vida y por la exacerbación del individualismo enfermizo. Es la espiritualidad como encuentro con el Señor en nuestra vida, en nuestra historia. Un Señor que viene a nosotros y se revela en el rostro de las personas pobres e indigentes y, al mismo tiempo, se oculta en ellas. Por lo mismo, tal seguimiento en la libertad del Espíritu (2 Corintios 3, 17) es una vivencia espiritual exigente y profunda. Es algo a la vez gratuito y comprometedor. Gratuito, porque viene de Dios, y comprometedor porque nos lleva a los otros, sin distinción de especie alguna.

La segunda característica se refiere al fundamento de esa espiritualidad, esto es, a la Palabra de Dios. La espiritualidad cristiana no invoca una interioridad centrada en sí misma. Al contrario, profundiza en el testimonio bíblico que se realiza a partir de la vida y de las necesidades concretas de hoy.

En las últimas décadas surgió entre nosotros una nueva y muy interesante lectura de la Biblia. Esa lectura parte de la experiencia de las personas, y con las preguntas nacidas de la experiencia se llega al Evangelio para escuchar su mensaje. En este método vamos al encuentro del Señor en la medida en que Él, a su vez, viene a nuestro encuentro. Y esto sucede en un testimonio concreto de vida y acción. En uno de sus libros más conocidos, el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez escribió: “No fuiste tú quien me escogiste, yo te escogí para que dieras frutos” (Juan 15, 16)¹⁰. En este encuentro descubrimos dónde vive el Señor y cuál es la misión que Él nos confía.

Esta historia de creer en Dios no significa simplemente afirmar su existencia. Eso lo hacen muchas religiones y hasta corrientes filosóficas. La fe cristiana es mucho más exigente y ello es posible mediante la comunión con Dios y con nuestros semejantes, de manera inseparable. Por tanto, nuestra fe es un proceso de avances y retrocesos, de altibajos, pues somos siempre, como afirmó Martín Lutero, simultáneamente justos y pecadores.

Hay una canción que dice: “Por la palabra de Dios/ sabremos por dónde andar/ ella es la luz de la verdad/ eso necesitamos creer”. Este es el desafío.

La tercera característica de la espiritualidad cristiana es su dimensión comunitaria, pues es la comunión la que le da consistencia, vigor y significado históricos. Con ella aprendemos a cargar los fardos los unos de los otros (Gálatas 6,2). Tenemos incontables ejemplos de personas que nos inspiraron y continúan inspirándonos. Los apóstoles y primeros discípulos y discípulas, María y María Magdalena, San Agustín, San Francisco de Asís, Martín Lutero, Sor Juana Inés de la Cruz, Dietrich Bonhoeffer, Martin Luther King Jr., Don Oscar A. Romero, San Días da Silva (la sin tierra “Rose”) y tantas personas simples y anónimas del pueblo, son ejemplos de profunda vivencia espiritual.

Lo importante de la vida cristiana es la distribución de dones, carismas y servicios. Es esta *koinonia* la que nos fortalece mutuamente y se convierte en testimonio de fe, testimonio que convence al mundo por su simplicidad, verdad y perseverancia.

Finalmente, la auténtica espiritualidad cristiana estará imbuida de una gran pasión. La pasión por el Reino de Dios, la pasión por los pobres y pequeños de este mundo, los preferidos, desde siempre, del amor de Dios. Y con tal pasión, será una espiritualidad que desborde en poemas y música de especial belleza, en celebraciones relevantes y diferenciadas.

Respondiendo a la pregunta que motiva este artículo, me parece claro que ni mediante la emoción ni por conducto de la razón se consigue abarcar el conjunto de la espiritualidad cristiana. Esa espiritualidad las incluye a ambas, pero necesita de mucho más: necesita del silencio, de la contemplación, del testimonio, de la acción, del compromiso para la transformación de este mundo (Romanos 12, 1s).

El reformador Martín Lutero decía que la fe es una “confianza muy viva, inagotable, en la gracia de Dios... Por eso, sin coacción, se dispone voluntariamente a hacer el bien a todo el mundo, a sufrir todo por amor y en loor a Dios, que le demostró tamaña gracia; de suerte que es imposible separar las obras de la

fe, tan imposible como separar la luz del fuego”. Este nuevo siglo nos va a desafiar a vivir intensamente esa fe y esa espiritualidad. Porque, como añade el gran reformador, “la fe no descansa jamás”. ¡Qué Dios nos ayude!

¿Para qué sirve la oración?

Sisi Blind

La oración es una acción mucho más profunda que las meras palabras. Lutero ya afirmaba, en su época, que “el cristiano debería orar tanto como si nada adelantase la acción, y debería actuar tanto como si nada adelantase la oración”. Está claro, entonces, que tanto la oración como la acción son indispensables en la vida del cristiano. Pero es importante comprender el real sentido de la oración, especialmente para no incurrir en el riesgo de querer resolver nuestros problemas solamente a través de la oración.

La verdadera oración no puede ser ensayada ni desvinculada de la acción. La oración no es teatro, es vivencia real y profunda de la persona. Antes que ser palabra, es algo que vibra en nuestros sentidos. Es una actitud de corazón, una disposición de espíritu. Al orar, nuestro ser define una actitud ante Dios. Así se establece el vínculo. La oración es el hilo que nos coloca en contacto directo con Dios. Es una fuerza que restaura el alma. Es a través de ella que, en silencio o en palabras, nuestro ser se recoge para la comunión muy íntima y muy intensa con Dios. Esta comunión también se establece con las personas con quienes y por quienes oramos.

Orar es abrir la puerta a Dios y dejar que Él se acerque a nuestra vida. En la oración podemos presentar todos los hechos de nuestro diario vivir. Es por la oración que Dios puede conocer nuestras alegrías, nuestras angustias, nuestros deseos, nues-

tros proyectos, nuestros sueños, nuestras utopías... Pero no podemos olvidar que el propósito principal de la oración es nuestra propia confesión de fe. En la Biblia encontramos varios testimonios de oraciones. Los Salmos son la expresión más fiel de ellas, entre los que encontramos ejemplos de oraciones que fueron cantadas y declamadas, como forma de expresión y de vivencia de fe del pueblo de Dios. Ellas expresan alegría, angustia, victoria, desilusiones, luchas, esperanzas y derrotas. Pero, sobre todo, está la confesión de fe. El Salmo 23 expresa esta afirmación con mucha claridad: “Jehová es mi pastor, nada me faltará”. La oración del Padre Nuestro invita a que, en primer lugar, santifiquemos a Dios, para después incluir nuestras necesidades. En la oración del Padre Nuestro, conversamos con Dios. Agradecemos, pedimos y nos disponemos a hacer nuestra parte.

El centro fundamental de la oración es, por tanto, la glorificación a Dios. La oración es el medio indicado para dar a Dios la oportunidad de ejercer sus poderes de salvación, revelados en Cristo. Y para ello, Él desea servirse de nosotros. Al decir “venga a nosotros tu Reino”, confesamos a Dios nuestro deseo de vivir en un mundo diferente, y también nos transformamos en instrumentos que faciliten el inicio de ese mundo en nuestro medio. A través de la oración podemos conferir a Dios la oportunidad de acceder a nuestra vida, a nuestros hogares, a nuestra vecindad, a nuestro país, al mundo entero... “Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme con su voluntad, él nos oye... Y sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Juan 5.14b-15b). Así nos llenamos de fuerza y aliento. Al expresar nuestros anhelos, ya tenemos la certeza de estar siendo oídos. Esto nos fortalece y anima para cumplir con nuestra parte de las acciones ofrecidas y pedidas en la oración.

Pero la oración no debe ser usada para “arrancar” de Dios ventajas a nuestro favor, o de los nuestros, para escapar de las dificultades y tribulaciones, o hasta para atender nuestros intereses eclesiales. La oración no es una “maleta” de peticiones, mucho menos instrumento de negocios con Dios. La oración es

actitud de humildad y de impotencia para solicitar aquello que, de hecho, glorifique y enaltezca a Dios. La oración es para quien se reconoce insuficiente. Orar es abrir la puerta a Dios y dejar que Él se aproxime a nuestra angustia. Nuestra conciencia de completa incapacidad es el instrumento que le abre la puerta y le da acceso a todas nuestras necesidades. Así veremos que las más conocidas promesas de la Biblia relacionadas con la oración, se cumplen hasta en nuestra frágil y escasa experiencia orante. Pues Jesús se hizo presente: “Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo” (Apocalipsis 3.20). Jesús es presencia concreta y completa, de cuerpo y sangre, de entrega a la vida.

De manera que la respuesta a nuestra pregunta inicial es ésta: la oración sirve para la vida que fuimos llamados a vivir en Cristo, a divulgar y a sembrar. La oración de Cristo es acción en favor de todos, es el amor. Así debe ser nuestra oración. Debe estar al servicio de la vida y del amor.

¿Cómo entender los símbolos del Apocalipsis?

Verner Hoelfelmann

El libro del Apocalipsis fascina y confunde al mismo tiempo. La gente sabe que en él se anuncia un mensaje grandioso, pero no sabe si lo entendió en forma adecuada. Esto se debe, básicamente, al modo como presenta su mensaje. Cada página nos confronta con un gran número de símbolos, muchos de los cuales nos parecen extraños e incomprensibles. ¿Cuál es la función de esos símbolos y cómo entenderlos?

En principio, el uso de símbolos no debería sorprendernos. Los símbolos son comunes en el campo de la fe. A través de ellos manifestamos sentimientos y experiencias difíciles de expresar por medio de las palabras. Es lo que hacemos, por ejemplo, al invocar a Dios como Padre. El llamar a Dios “Padre”, no es sino un modo de manifestar la seguridad y protección que nuestra fe en Él nos transmite.

En el caso del Apocalipsis, el uso de los símbolos, además del lenguaje figurado, se debe a otros motivos. Un rápido análisis de la historia puede ayudarnos a entender esos motivos. El libro fue escrito alrededor del año 95. Eran tiempos de agudos conflictos entre las comunidades cristianas de Asia y las autoridades romanas. El emperador Domiciano, en busca de estabilidad y unión para el imperio, quería ser venerado como señor y dios. Pero las comunidades cristianas juzgaron tal pretensión como una idolatría y se negaron a rendirle culto. Adoraban solamente a Dios y se sometían a Cristo como Señor.

Las autoridades entendieron la actitud de los cristianos como una deslealtad política, y en consecuencia discriminaron, persiguieron y torturaron a los miembros de las comunidades. El Apocalipsis es una respuesta a esa situación. En ese libro Juan, el autor, recluido en una prisión, califica al poder romano como diabólico. Al mismo tiempo consuela y fortalece a las comunidades para que resistan las tribulaciones y continúen dando su testimonio. Anuncia que Cristo vendrá en breve para liberarlos de los sufrimientos y juzgar a sus enemigos. Ahora bien, ese mensaje es dicho de manera simbólica. En tiempos de semejante represión, hablar claro era peligroso y, por eso, fue preciso crear formas alternativas de comunicación. A través del lenguaje figurado, Juan esconde su mensaje de los adversarios y lo revela a las comunidades.

Pero... ¿cómo asegurar que las comunidades entiendan el mensaje? Juan recurre a las tradiciones que le son cercanas y queridas, en especial la Sagrada Escritura. Casi el 70% de los versículos del Apocalipsis contienen alusiones al Antiguo Testamento. Los símbolos provienen, en su mayor parte, de los libros de Éxodo, Ezequiel y Daniel. Eran períodos de la historia en que el pueblo de Dios, igualmente, experimentó duras amenazas a su sobrevivencia, pero fue amparado por el brazo vigoroso de Dios. Al evocar las experiencias del pasado, Juan quiere orientar a las comunidades hacia el presente. Si Dios nunca antes abandonó a su pueblo, ¿por qué habría de esconder ahora su brazo fuerte y su mano protectora? Recurriendo a símbolos, el autor coloca el pasado al servicio del presente.

Por la limitada extensión de este artículo, sólo podemos referirnos aquí a algunos de esos símbolos. Un grupo de ellos se refiere a números. El número tres representa a Dios. Cuatro representa las cosas creadas. Siete (4 + 3) indica la totalidad de un proceso o de una realidad. Doce simboliza el pueblo de Dios de la antigua (doce patriarcas) o de la nueva alianza (doce apóstoles). Los 1.260 días (o 42 meses) es la mitad de siete años. Indica un tiempo como plazo cierto para que algo concluya.

Cuando un número es duplicado, multiplicado o yuxtapuesto, se intensifica el sentido original. Así, 24 representa a los

elegidos de las dos alianzas y 144.000 se refiere a la totalidad del pueblo de Dios de la antigua y de la nueva alianzas (12 x 12 x 1000). El célebre 666 puede indicar un significado de totalidad (aproximación de siete tres veces), lo que significa la maldad del totalitarismo. Otra interpretación, basada en el valor numérico de las letras, llega al nombre de Nerón César, primer emperador que persiguió a las comunidades y, por extensión, el representante de los demás gobernantes romanos.

Otros símbolos se refieren a animales y aves. El cordero es Jesús, cuya obra se refiere a los que oprimen el pueblo de Dios. El dragón es el poder del mal, personificado en el diablo, que opera en el mundo. La bestia representa los poderes terrenos que actúan como instrumentos del diablo y constituyen una alusión al Imperio Romano y a los que promueven el culto al emperador. El águila es la mensajera de Dios para anunciar juicio o protección divina.

Otros símbolos también se refieren a nombres y personas. Así, Babilonia significa aquellos que oprimen al pueblo de Dios. Representa, en el tiempo de Juan, a la ciudad de Roma, caracterizada también como una meretriz. La mujer perseguida por el dragón representa el pueblo de Dios perseguido, del cual nace el Mesías, Jesús. Jezabel, los nicolaítas y Balaam son los que pretenden seducir a las comunidades a practicar la idolatría. Armagedón, palabra hebrea para “Monte Megido”, lugar de muchas batallas en Israel, simboliza la batalla final entre las fuerzas divinas y las diabólicas, así como Gog y Magog. La Nueva Jerusalén es, finalmente, un símbolo glorioso para la nueva realidad que Dios va a crear al final de los tiempos.

Muchos otros símbolos podrían ser mencionados, algunos muy complejos. Para entenderlos es necesario considerar que se dirigen más al corazón que a la cabeza. Por eso, no todos los detalles necesitan ser entendidos por la razón. Lo importante es apreciar el conjunto, en busca del mensaje que encierran. Todos los símbolos apuntan a una misma dirección. Por más fuertes que sean los poderes contrarios a Dios, la victoria final pertenece a aquel que creó el mundo, y hará todo para conducirlo a su objetivo.

¿Se va a acabar el mundo?

Oneide Bobsin

En las últimas décadas, líderes y grupos religiosos recrearon series de terror sobre el fin del mundo, difundiendo miedo y muerte entre sus seguidores. En San Diego, Estados Unidos, 37 personas se suicidaron para huir de este mundo y vivir en otra realidad. En el Japón, el grupo religioso “La Verdad Suprema”, lanzó un gas venenoso en el Metro, matando a 12 personas e intoxicando a 5.000. Se sospecha que “La Verdad Suprema” entiende el fin del mundo como un “combate final”. Con ocasión del eclipse solar en el día 11 de agosto de 1999, los temores sobre el fin del mundo se volvieron a evidenciar. En el nordeste brasileño, algunos se suicidaron para no sufrir los horrores del fin.

Las visiones sobre el fin del mundo se pierden en la noche de los tiempos de las religiones. Así, los años que antecedieron al cambio del primer milenio también fueron marcados por el miedo. En la vieja Europa la violencia, muertes, epidemias, fracasos políticos —comunes a varias épocas— fueron asociados a la acción de Satanás, que habría sido entonces liberado de su prisión de mil años, conforme a lecturas tomadas del Apocalipsis. Sin embargo, hubo historiadores que no participaron de esa visión.

En el transcurso de los 500 años del Brasil, no es posible ignorar que el padre Vieira, en el siglo XVII, y Antonio Conselheiro, al final del siglo XIX, también esperaban por un salvador que anteciedera a la venida de Cristo, preparando “los últimos

días". El rey don Sebastián, desaparecido en una batalla en 1578, era esperado como precursor de un nuevo tiempo.

El resurgimiento de historias sobre el fin, asociadas al regreso de Cristo, ganaron actualidad en los Estados Unidos en el siglo pasado, y sus adeptos están hoy entre nosotros. Leyendo el libro profético de Daniel, William Miller previó el fin del mundo para el 21 de marzo de 1834. Como su interpretación de Daniel (9.28 y 18.14) resultase equivocada, repitió los cálculos sobre la base de Mateo 22 al 25, y previno el fin para el 22 de octubre de 1844. El día llegó y Miller vio que fallaba su nueva previsión. Luego Ellen White retomó el asunto y buscó una justificación para los cálculos errados. Dijo que en aquella fecha Cristo comenzó a trabajar en la destrucción de los pecados y a inscribir a los elegidos en el Libro de la Vida.

Los Testigos de Jehová también anticiparon el fin del mundo en varias oportunidades. Su fundador, Charles Taze Russell (1882-1916), que pasó por el presbiterianismo, el congregacionismo y el adventismo en los Estados Unidos, consideraba que el fin del mundo sería espiritual. Profetizó un tiempo de recogimiento entre 1874 y 1914. Con certeza, el inicio de la Primera Guerra Mundial pudo haber fortalecido su profecía.

Siguiendo los pasajes de Miller, Russell se puso a hacer cálculos a partir de la lectura de los textos de Ezequiel y Daniel. Aseguró que, acompañado por Abraham, Jacob y los profetas, Cristo volvería en 1914. Y que en la batalla de Armagedón (Apocalipsis 16.16) Dios aniquilaría el mal e instauraría el Reino de Cristo sobre la tierra, donde los escogidos vivirían felices bajo el gobierno de la justicia divina.

Sin embargo, los equívocos de Miller y Russell no fueron suficientes para acabar con las previsiones respecto al fin del mundo. Otros seguidores de Russell continuaron con nuevas profecías, marcando nuevas fechas: 1918, 1925 y 1975. Al mismo tiempo, los Testigos de Jehová continuaron divulgando un pesimismo político: nada podemos hacer para cambiar el mundo, sólo resta esperar por el mandato divino, que instaurará en la tierra un reino de justicia.

También en algunas iglesias pentecostales todavía se escuchan previsiones respecto al fin del mundo. Cansados del dolor y de la miseria, sueñan con una nueva realidad de recompensa para los fieles, y de condenación para los que creen en Cristo de otra manera. Los terremotos, las guerras, el hambre, los conflictos en la familia, son señales del fin y del retorno de Cristo. Por consiguiente, revelarse contra el sufrimiento y la injusticia es contrariar la voluntad divina. No obstante, el discurso sobre el fin del mundo pierde vigor en su medio.

¿Por qué personas y grupos religiosos insisten en predecir el fin del mundo, aunque en la transición de 1999 al 2000 no se confirmó ninguna señal, sino más bien una enorme utilidad económica para las empresas ligadas a la informática? ¿Será a causa de que ellos están sufriendo en este mundo que promete mucho, pero que despoja a la mayoría de los medios de afirmación de la vida? ¿Es acaso que se sienten impotentes frente a las situaciones que nos hacen sufrir?

Acusarlos de equivocados o ignorantes, por desconocer la historia, no los hará cambiar de perspectiva. Más bien cabe considerar sus preguntas y buscar respuestas en nuestra comprensión de la fe cristiana, que no ignora los sufrimientos y sus causas, pero tampoco acepta la opresión y el conformismo político.

Para la fe cristiana el fin es el comienzo, y el futuro no será una continuación del presente, como quieren los poderosos. En la cruz de Cristo la fe anticipa el fin del pecado, de las fuerzas del mal y de las injusticias sociales. Luego, creemos en el fin del mal. Y, en la resurrección de Cristo, está el inicio de una nueva vida y de una nueva creación. Por esto podemos alegrarnos por el fin del pecado y de la injusticia que marcan el viejo mundo y levantar nuestra cabeza, pues nuestra redención está cerca (Lucas 21.28).

También el apóstol Pablo nos llena de esperanza activa; nosotros y la creación entera sufrimos como grávidos y grávidas por el Espíritu Santo, por medio del cual Dios hará nacer un nuevo mundo. El universo y las personas serán liberados de la es-

clavitud y de la decadencia, y tomarán parte en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Romanos 8.18-25).

Al final está Dios, afirmó el teólogo Jürgen Moltmann.

Autores

ONEIDE BOBSIN, doctor en Ciencias Sociales en la Pontificia Universidad Católica (PUC) de São Paulo y profesor en la Escuela Superior de Teología (EST) de la Iglesia Evangélica de Confesión Luterana (IECLB) en San Leopoldo/Río Grande del Sur (RS).

INGO WULFHORST, doctor en Teología en las áreas de Ciencias de la Religión y Misiología en la Universidad de Munich (Alemania), y asesor teológico de la IECLB para pluralismo religioso.

GOTTFRIED BRAKEMEIER, doctor en Teología en la Universidad de Göttingen (Alemania) y profesor del Nuevo Testamento en la EST en San Leopoldo/RS.

WILFRID BUCHWEITZ, pastor jubilado de la IECLB con un consultorio pastoral en San Leopoldo/RS.

OSSMAR L. WITT, maestro en Teología en el Instituto Ecuménico de Post-Grado en Teología y profesor de Historia en la Iglesia en la EST EN San Leopoldo/RS.

VERNER HOEFELMANN, maestro en Teología graduado en el Instituto Ecuménico de Post-Grado en Teología y profesor del Nuevo Testamento en la EST en San Leopoldo/RS.

RICARDO W. RIEETH, doctor en Teología, graduado en la Universidad de Leipzig (Alemania) y profesor de Historia de la Iglesia en la EST en San Leopoldo/RS.

NELSON KILPP, doctor en Teología graduado en la Universidad de Marburgo (Alemania), y profesor del Antiguo Testamento en la EST en San Leopoldo/RS.

ROBERTO E. ZWETSCH, maestro en Teología graduado en la Facultad de Teología Nuestra Señora de la Asunción de la Arquidiócesis de São Paulo y profesor de Teología Práctica en la EST en San Leopoldo/RS.

NELIO SCHNEIDER, doctor en Teología graduado en la Universidad de Wuppertal (Alemania).

ENIO R. MUELLER, doctor en Teología en el Instituto Ecuménico de Post-Grado en Teología y profesor en el Departamento Histórico-Sistemático en la EST en San Leopoldo/R.

IVONI R. REIMER, doctora en Teología graduada en la Universidad de Kassel (Alemania) y pastora en la Comunidad Evangélica de Goiânia/GO.

MARTIN N. DREHER, doctor en Teología en la Universidad de Munich (Alemania) y Profesor en el Programa de Post-Grado en Historia en la UNISINOS.

HARALD MALSCHITZKY, licenciado en Teología y pastor en la Parroquia Matriz de Porto Alegre/RS.

WANDA DEIFELT, doctora en Filosofía en el Garrett Evangelical Theological Seminary de Evanston, Illinois (EUA), y profesora en el área de Teología Feminista en la EST en San Leopoldo/RS

SISI BLIND, licenciada en Teología y pastora en la Parroquia de Planalto Central Catarinense.

LOTHAR C. HOCH, doctor en Teología por la Universidad de Marburgo (Alemania) y profesor de Teología y Psicología Pastoral en la EST en San Leopoldo/RS.

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en Ecuador,
en el mes de enero de 2003
Quito, Ecuador

Se utilizó la tipografía Slimbach y se imprimieron 500 ejemplares

¿Qué hay después de la muerte? ¿El alma es inmortal? ¿Existe Dios? ¿Podemos comunicarnos con los muertos? ¿Ocurren los curos milagrosos? ¿Es el dolor un castigo divino? ¿Va a volver Jesús? ¿Puede una persona ser poseída por el demonio? Convivir con dudas es parte de nuestra vivencia cristiana, pero en algún momento surge la necesidad de una palabra que devuelva la esperanza a la vida del creyente. En este libro están reunidas 22 preguntas que frecuentemente aparecen en la vida comunitaria y en las conversaciones entre las personas. Las respuestas, breves y sucintas, en un lenguaje simple y accesible, fueron elaboradas por diversos teólogos y teólogas, tomando como base a la Biblia.